

# Alejandro Páez Varela

(Ciudad Juárez, 1968) viene de una familia de periodistas chihuahuenses. Fue subdirector editorial de El Universal, y subdirector fundador de la revista Día Siete, que llevó a México cultura y periodismo durante 11 años. Fue editor en Reforma, El Economista y varios medios más. Actualmente es director de contenido del portal www.sinembargo.mx. Su primera novela, Corazón de Kaláshnikov, recibió las mejores críticas de sus contemporáneos. Es autor además de dos libros de relatos: No incluye baterías y Paracaídas que no abre. Como periodista, coordinó el libro colectivo La guerra por Juárez y ha participado como coautor en varios más: Los amos de México, Los suspirantes 2006, Los intocables y Los suspirantes 2011, con las biografías a Roberto Hernández, Cuauhtémoc Cárdenas, Julio César Chávez y Marcelo Ebrard, personaje, este último, que le llevó a escribir, en 2011, el libro biográfico Presidente en Espera. El reino de las moscas es la segunda novela de una trilogía cuyo final está en proceso.

# El reino de las moscas

D. R. © Alejandro Páez Varela, 2012



De esta edición:

D. R. © Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V., 2012 Av. Río Mixcoac 274, Col. Acacias México, 03240, D.F. Teléfono 5420 7530 www.alfaguara.com/mx

Primera edición: enero de 2012

ISBN: 978-607-11-1670-3

D. R. © Cubierta: Ana Paula Dávila

Impreso en México

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.





# El reino de las moscas Alejandro Páez Varela

A mis padres, a mis hermanos

- 6:5 Porfías de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que tienen la piedad por granjería: apártate de los tales.
- 6:6 Empero grande granjería es la piedad con contentamiento.
- 6:7 Porque nada hemos traído á este mundo, y sin duda nada podremos sacar.
- 6:8 Así que, teniendo sustento y con qué cubrirnos, seamos contentos con esto.
- 6:9 Porque los que quieren enriquecerse, caen en tentación y lazo, y en muchas codicias locas y dañosas, que hunden á los hombres en perdición y muerte.
- 6:10 Porque el amor del dinero es la raíz de todos los males: el cual codiciando algunos, se descaminaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores.
- 6:11 Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la mansedumbre.
- La Primera Epístola del Apóstol San Pablo á Timoteo, capítulo 6. *La Biblia*, versión Reina-Valera de 1909

Cuando de Dios la trompeta toque la nota final anunciando al mundo el triunfo de la fe; cuando todos los salvados lleguen al celeste hogar y en el cielo pasen lista, yo estaré. Cuando allá se pase lista, cuando allá se pase lista, cuando allá se pase lista, cuando allá se pase lista yo estaré. Canto evangélico. Cuando allá se pase LISTA. James Milton Black (1856 - 1938)

#### ANA

Encendido mi corazón, el desierto se me hizo un río y su ombligo un faro que me permitió verla en la oscuridad

## Aquí empieza y termina todo

La tomé del antebrazo y caminamos chapoteando entre los riachuelos que se forman en la cuneta de las calles. Primero íbamos aprisa, luego despacio. "No escucho la lluvia", le dije, y ella me dijo cómo sonaba: "Es tu voz ronca por las mañanas; es el desorden de tu respiración".

Me sorprendí al escucharla porque su voz era serena, tan serena que me hizo dudar, y pregunté: "Ana, ¿estamos muertos?".

Volteé, y un nubarrón me escondió su rostro. "No te veo", le dije.

Le pedí entonces que me explicara qué había detrás de esa cortina oscura y húmeda entre ambos. Me dijo que su rostro era el mismo de ayer, que no había sorpresas. Me contó que cierta vez caminábamos de la mano, sumergidos en el sol de la tarde amarilla, y que en ese momento le hablé de sus dientes: "Una hilera de tanques de guerra, un ejército de arados blancos que buscan sembrar en mi piel", dice que le dije. No lo recordé.

Sentí que me apretaba con fuerza de la cintura, ansiosa, como se amarra un jinete al cuello de un caballo si el caballo no está ensillado. "No recuerdo haberte dicho lo que dices

que dije", expresé preocupado, y seguimos caminando. Entonces sacó de entre sus ropas un diario que, dijo, escribimos los dos. Empezó a leerlo con la misma entonación de cuando lo escribimos. Me contó que yo era un hombre feliz, y que estas caminatas las hacíamos cada tarde; que esas cosas y muchas que no son para ser contadas las escribimos en este diario.

Nos paramos en seco. Seguí con mis manos sus brazos hasta llegar a la cabeza y la abracé. Me acosté en su cuello, me tapé con su cabellera y cerré los ojos. Le dije: "No recuerdo".

Le exigí que me explicara el mundo, que me dijera cómo eran los árboles, la banqueta misma, los edificios, otros rostros que no fueran el de ella. Le dije que me liberara de la oscuridad; que me contara cómo fue el principio y en dónde estaría el final, si es que esto entre los dos tendría un final. Me dijo que intentaría recuperar tanto como pudiera, pero que no estaba segura por dónde comenzar.

"Empieza por los relámpagos", le dije. En ese instante pensé que tampoco recordaba los relámpagos.

Me envolví entre sus ropas, me escondí. Le tomé la mano, la llevé a mi boca y la lamí como un cachorro o como dos, y escuché atento cuando me contó la historia del mundo. Los apaches, los comanches, los mezcaleros, las praderas, las dunas junto a Samalayuca y esa cordillera de montañas del Valle de Juárez que esconde osos, lobos y leones de sierra. Los halcones, los

rarámuris, las águilas y un riachuelo que antes era tan ancho como una laguna que se mueve. Las carreteras sin fin, las norias en el camino, los papalotes para pozos de agua y una escalera sobre un murillo de adobe. Olmos viejos y moros machos que dan sombra y no dan fruto. Sauces llorones, víboras de cascabel, cera de panal, sapos sólo cuando llueve y una variedad de flores del desierto que sólo aparecen una vez al año.

Le desabroché la camisa y me dejó ver, desde la montaña Franklin, que el valle de Nuevo México es el mismo que el de Chihuahua, hasta Palomas y Columbus; que se funden, que tienen las mismas nubes, las mismas depresiones a las que sólo pega el sol de mediodía.

Solté su cabello finito y cayeron cascadas blancas y largas sobre esas cañadas.

Tomé sus caderas y me dejó ver el inicio de las cosas. "Y el final", aclaró. "Aquí empieza y termina todo".

Encendido mi corazón, el desierto se me hizo un mar y su ombligo un faro que me permitió verla en la oscuridad.

Nos detuvimos cuando su piel no era su piel, sino la mía.

- —Estoy enamorado —le dije.
- —Lo sé, Liborio Labrada —me respondió.

La muerte es una neblina que al principio desorienta, pero que después se va disipando.

Es el fin de la memoria, también, y el principio de los recuerdos.

# Don Cuco no se anda por las ramas

—Estás pagando por tus pecados—, le dijo Liborio Labrada.

Pero Cuco Ramírez no se atrevió a voltear. Lo miró de reojo. Estaban juntos en la barra, sentados, y un banco mediaba entre ambos.

Liborio tampoco dirigía la vista a Cuco; tenía el dedo índice levantado porque quería dos cervezas: una para él y otra para su hermano Raúl, quien se encontraba sentado a su izquierda con la vista clavada entre las piernas y con la barbilla pegada al pecho. Apenas parpadeaba.

Ambos hermanos traían una cachucha de beisbolista muy bien calada, de tal manera que era difícil verles los ojos.

El ex comandante Ramírez notó que los hermanos Labrada tenían sangre fresca en los hombros y en la espalda. Les escurría de la frente, de detrás de las orejas, de la nuca. Goteaba incluso al pecho y hasta las piernas. Iban vestidos como la última vez que los vio: con camisa de manga larga, una roja y otra amarilla. Traían pantalones de mezclilla muy oscura por la tierra, y botas con suela "de tractor", como les llaman, porque no es lisa y de cuero sino muy gruesa y de hule.

Una muchacha de unos veintipocos se acercó a don Cuco y le extendió la cuenta: "*Tuel dolars*", dijo con un pésimo inglés. Estaban en El Paso, Texas. El ex comandante calculó: su cerveza, la de Liborio y la de Raúl Labrada sumaban unos 36 dólares. ¿Por qué le cobraba sólo doce?

"También voy a pagar las cervezas de los señores", dijo don Cuco, pero cuando volteó los Labrada ya no estaban.

Se supo en ridículo. "Por los muertos nadie paga tragos", pensó.

"Estás pagando por tus pecados, Cuco Ramírez", escuchó a sus espaldas.

"Lo sé", respondió con un hilo de voz, inclinando la cabeza y juntando las manos a la altura del cuello, como si fuera a orar.

La muchacha que lo atendió murmuraba con otra todavía más joven. Ambas estaban del otro lado de la barra, lejos de él.

Lo miraban fijamente, ahora un poco asustadas.

Una tarde de junio, con 42 grados cayendo como baldes de lava sobre Ciudad Juárez, Refugio Ramírez recibió una llamada.

—Los Labrada están aquí, comandante.

- -;Los Labrada? ;En Ciudad Juárez? Hijos de la chingada. ¡Y ya sabemos en dónde?
  - —Ya sabemos.
  - —¡Pues ora!
  - —Ora.
- —No quiero que manejen nada por radio; ni una sola palabra porque los van a enterar. Quiero encabezar personalmente este operativo, Zurdo, ¿me entiende?
  - -Por supuesto, comandante.
  - -;Andan con mucha gente?
  - —Cuatro, cinco pelados. Y ellos.
  - —;Son los dos hermanos?
  - —Raúl y Liborio.
- —Ya se chingaron. No necesito a muchos tampoco. Usted, yo, y otros diez de confianza.
- —¿Diez? Ellos son como siete. ¿Diez contra siete?
  - —Diez. Y la sorpresa.
  - —... —Se les va a caer el cantó
- —Se les va a caer el cantón a estos hijos de la chingada. Van a saber en dónde está la puerta del infierno. Putos. Prepárese y vengan por mí. Aquí los espero. Aquí cargo pilas. Vengan. Yo no me ando por las ramas, me conoce. Venga por mí, Zurdo.

En este momento, comandante.

Los Labrada estaban escondidos en una casa de seguridad de la zona conocida como Carbonífera. Allí llevaban dos días. Venían de la sierra, en donde habían sido advertidos por un teniente coronel de que las cosas no estaban bien.

—Las cosas no están bien, Liborio. Váyanse de la sierra. Agarren para Cuauhtémoc o para Parral. No se les ocurra irse a Juárez porque allá se los van a chingar. El comandante Ramírez anda bien enchilado. Les quiere dar piso.

—El pinchi Cuco vale madre, mi comandante —dijo Liborio, quien era el mayor de los hermanos Labrada.

El teniente coronel sintió bien que le llamaran comandante.

No tomaron la carretera; se fueron puebleando por caminos vecinales. Procuraron viajar a Juárez en parejas; unos tomaron camión. Estaban instruidos para llegar en pleno día a la ciudad para evitar los retenes de la Policía Federal en el kilómetro 28, que por lo regular se instalaban en la noche.

Sabían a dónde llegar. Habían usado esa casa de seguridad durante años. Era su refugio desde antes de que visitaran Juárez a escondidas.

- —En esta ciudad no se me esconde nadie, Zurdo. ¿Qué pensaban esos pendejos?
- —¿No nos estarán preparando algo? Se me hace raro.
- —Qué, ¿tiene miedo? Yo puedo con los siete. Déjemelos, Zurdo. ¡Déjemelos! Les voy a meter cincuenta plomazos en el culo a cada uno.
- —Yo voy a donde usted vaya, comandante. ¿Qué son siete? ¡Aunque fueran cien!

—Así me gusta verlo. Usted nació de los buenos. Que se agarren. Se les cayó el cantón. ¿Cuánto falta para llegar?

Don Cuco dejó 36 dólares a las chamacas y otros diez de propina. Pagó tres cervezas, y no una. Salió de la cantina y caminó por las calles del centro de El Paso. El sol hacía brillar tanto las banquetas que le era casi imposible verlas sin entrecerrar los ojos. Mal momento para andar con la cabeza gacha y sin sombrero, se dijo. ¿Por qué no traía sombrero?

Una nube perdida le dio sombra y agarró fuerzas. Siguió adelante. En una esquina del centro, a un lado de una tienda de coreanos, observó a dos borrachines arrebatarse una botella de vino barato. A los borrachos de vino se les conoce como "guainos". Se detuvo frente a ellos; lo empujaron. "¡Hazte a un lado, viejo!".

El ex comandante giró unos treinta grados sobre su eje, y ya estaba frente a una cantina. Entró. Había cinco parroquianos en la barra y uno de ellos, el del extremo más lejano de la puerta, se puso de pie antes de que él siquiera se sentara; tomó con una mano un caballito de tequila y con la otra un periódico doblado en cuatro partes. Acercó un banco a don Cuco y otro para él. Le dijo: "Usted es Cuco Ramírez. No me recuerda pero yo a usted sí. Ande, tómese una cerveza. ¡Juan!, sírvele a don Cuco".

exult co

El hombre iba vestido de ranchero y apretaba los dientes al hablar como los texanos, aunque su español era impecable. Traía un chaleco ligero para la temporada; mangas largas arremangadas de una camisa a cuadros. Usaba un corbatín que terminaba en puntas de plata. Sobresalía del resto porque no se había quitado el sombrero y porque usaba el ala ancha para esconderse hasta la nariz en un lugar de por sí oscuro, viejo, con maderas negras de un siglo y medio que resistieron a los borrachos de dos guerras mundiales, de otras intermedias y de una revolución ajena; maderas que sellaron acuerdos de contrabando de whisky, candelilla, goma de opio, cigarros, electrodomésticos y, en los años previos a su decadencia, de mariguana.

Para hablar, el hombre se bloqueaba con el dedo índice un tubo blanco que le salía de una venda del mismo color en el cuello. También se lo tapaba para jalar el humo del cigarro. Era la huella de un cáncer de garganta por tanto fumar.

—¿Está usted bien, don Cuco? Usted me salvó, ¿sabía? Estoy vivo por usted. No lo olvido.

Don Cuco no lo volteó a ver. Miró hacia los baños y se encaminó para allá. Eran una mierda, esos baños. Olían a orines añejos, y la taza estaba salpicada de cuanta cagada habían lanzado los borrachos y el bartender. El calor volvía más densa la condensación de gases. Lo que otros hacían era contener la respiración

antes de entrar. El ex comandante entró con la boca abierta y sintió un golpe de amoniaco en los pulmones.

Cuando salió del baño, el hombre del sombrero estaba acompañado.

—Déjeme ir por mi carro, don Cuco. No se ve usted bien. Lo llevo a su casa; seguro anda cansado. Supe que ahora vive en El Paso. Yo lo llevo. Voy por el carro.

Cuco se quedó un rato solo, sin pensar. En eso llegaron los Labrada y se sentaron a su lado.

- —Ah, que don Cuco. A todos les llega la de pagar.
  - —A todos, Liborio.
  - —¿Y sus nietas, comandante?

Cuco pegó un grito y el bartender se brincó la barra para tomarlo del brazo con intención de sacarlo del lugar.

En eso entró el hombre del sombrero con su acompañante y le extendió un billete de cien dólares.

—Nomás llévatelo —dijo el bartender tomando el billete de golpe—. Este hombre no está borracho; está loco. Habla con fantasmas. Llévatelo.

—Me lo llevo.

El ex policía se subió a un auto con desconocidos. No lo habría hecho tan sólo unas horas atrás. No lo hizo nunca en su vida, pero ese día la miseria lo puso en manos de un extraño, y no tuvo miedo.

"Tengo dos vidas: una que se resiste a pensar, y la otra que piensa demasiado; una que gana al póker y otra que pierde un zapato en las borracheras. Una que es secretario de actas en un tribunal, y otra que atiende una funeraria. Compro tu vida; pago con dos", murmuró Cuco mientras el sombrerudo lo sacaba de la cantina.

—Usted me salvó, ¿sabía? Estoy vivo por usted. Ahora le pago todos los favores, comandante Refugio Ramírez —dijo el hombre mientras subía al auto al ex oficial de la policía de Chihuahua. Dijo "comandante Refugio Ramírez" con cierta entonación que daba importancia al nombre. Y partieron.

—¡Judicial federal! ¡Salgan con las manos en alto, hijos de la chingada! ¡Ríndete, Liborio!

-¡Aquí te espero, Ramírez!

—¡Pues voy por ti! ¡Ríndete! ¡Ríndanse! ¡Vamos, muchachos! ¡Vamos a darle a estos cabrones hasta por detrás de las orejas!

Liborio cumplió cincuenta años el día de su muerte. Cuando llegaron por él, jugaba póker en una mesa de billar a la que habían arrimado unos bancos.

Una hora antes de escuchar el grito del comandante, Liborio pensó en sacar las AK-47 que tenían enterradas en el patio de la casa de seguridad; estaban junto a un baño de hoyo. Eran unas treinta, y cargadores como para repeler una invasión gringa.

El ranchero sabía desde antes que no podía estar en Juárez sin que Cuco Ramírez lo supiera. Sentía que pronto se verían las caras. De hecho, don Cuco conocía la casa de seguridad; allí había estado antes.

En vez de salir al patio, Liborio Labrada se quedó sentado porque traía buena mano: había ganado 36 dólares en tres horas de juego. "Voy a seguir humillando a estos cabrones y luego salgo", pensó.

Su hermano Raúl y el resto de la banda, sus más leales, estaban enojados con él.

"¿De dónde saca tanta suerte este Liborio?", preguntó Raúl mientras pagaba diez dólares por otra mano perdida. "¿Pues qué tiene pacto con el diablo?", dijo.

Liborio se reía a carcajadas, aunque por dentro le quemaban las ganas de encontrarse con Cuco. Quería saldar, de una vez por todas, los pendientes entre ambos.

Liborio se reía a carcajadas pero por dentro se quemaba de angustia, de pesar, de tristeza.

"Ay, Ana", pensaba. "Mi pobre Ana".

#### Max, el chocolate

Cada langosta llegaba en un platón de plástico forrado de papel aluminio; así las entregaban to go en el Red Lobster de El Paso, Texas, en donde Ana Labrada las compraba para Liborio, su marido. Magdalena tenía la instrucción de abrir el paquete, sacar la pieza entera y tirar la guarnición, que era de verduras cocidas. Pero ella acostumbraba echarlas al bote de la basura en una sola bolsa negra que antes de irse recogía para llevársela a casa y compartirla con Moisés.

"Son verduras de langosta. Las langostas tienen aceite y las verduras están bañadas con ese aceite especial", le decía a su prometido. "Verduras de langosta". Y él, siempre con hambre, se las comía con gusto. No era necesario que se las pintaran bonitas.

La vida de Moisés había cambiado drásticamente desde la muerte de su madre, Esperanza. El tío Max se convirtió en su mejor amigo; le enseñó a trabajar el yeso y como había un auge de construcción en Ciudad Juárez, y él era un tipo habilidoso, se transformó en un artesano medianamente bien pagado: sabía manejar la llana como su propia mano, y ganaba bien por una cúpula, por redondear esquinas,

o por detalles en las paredes que copiaba de revistas o que le pedían o que le dibujaban en un papel.

Max estaba sorprendido; Moisés sólo tardó un par de años para superar al maestro. El muchacho se burlaba en buena lid. Le decía: "Mejor que el maestro". Y los dos reían.

Cierta vez, mientras trabajaban en la casa de un ranchero de Villa Ahumada, a una hora de Ciudad Juárez, Moisés preguntó a su tío por su nombre.

- --¿Por qué te puso Max mi abuela?
- —¿Sabes por qué te pusieron Moisés, Moisés? —respondió Max.
- —Sí, por el Pentateuco, por el que sacó al pueblo de Israel de Egipto. ¿Por qué te pusieron a ti Max?
  - —Porque sí.
  - ---¿Por qué?
  - -¿Juras no burlarte?
  - -No, tío. Por qué te llamas Max. Dime.
- —Es el nombre de un chocolate. Tu abuela comió por primera vez chocolate cuando llegó a Zaragoza. Venía del Valle de Juárez. Fue hace mucho tiempo. Se comió un Max. Desde entonces le gustó el nombre. Y así me pusieron cuando nací. Mi madre todavía no iba a la iglesia, si no, tendría un nombre bíblico.

Los dos se rieron discretamente con la historia del chocolate. Fue inevitable.

—Y a ti, no sólo por Moisés te llamaron Moisés. A tu madre un doctor le dijo que ibas a nacer por cesárea; era muy estrecha. Eso le dijo el doctor.

—¿Iba al doctor?

- —Sí. Iba al doctor. No usaba pantalones ni aretes ni esas cosas mundanas. Pero sí iba al doctor. Entonces usábamos hasta champú. Eran otros tiempos más despreocupados, Moisés. Era antes de que el Señor anunciara que su segunda venida estaba cerca.
- —¿Cómo fue eso? ¿Cómo le anunció Jehová al pueblo que su venida estaba cerca y dejamos de ir al médico?
- —Vino un pastor, un anciano de la congregación de Canjilón, en Nuevo México. Eso es Estados Unidos, Moisés. Nos contó una visión que tuvo. ¿Sabes que está en las Escrituras? ¿Lo sabes? ¿Sabes que el fin de las cosas viene?

—Lo sé.

- —Pues vino un pastor y nos contó su visión. Y dejamos las cosas materiales, Moisés, en espera del Señor. Tu madre fue una hija de Dios. Ella y Víctor decidieron no ir al doctor en el segundo embarazo.
  - -¿Y por qué me pusieron Moisés?
- —¿No entiendes? Porque Jehová se las ingenió para salvarte. No fue necesario que operaran a Esperanza. Naciste antes. Dios te puso en una canasta y te mandó a Egipto, Moisés, para salvarte y salvarla a ella. Tu padre fue el que lo interpretó. Tuvo una gran visión. Por eso, desde entonces muchos dejaron de ir al doctor. Yo dejé de ir al doctor con tu nacimiento.

- 32
- -¿Y por qué Dios no salvó a mi mamá de su segundo embarazo, tío?
- —Tú no puedes dudar de las decisiones de Jehová. No puedes andar preguntándole. No puedes ni debes, Moisés. Sólo Él sabe por qué pasan las cosas. En Él está el poder de la vida y la muerte. Suyo el poder y la gloria, por todos los siglos. No puedes preguntarle esas cosas.
  - -No.
- -Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo Unigénito para que muriera en la cruz por nosotros. ¿No sacrificarás tu vida por Él, por Su Bondad?
- -Los caminos del Señor son misteriosos e inescrutables, Moisés.
  - —¿Qué es inescrutable?
  - —Sin escudo.
  - -; Son misterios y sin escudo?
- -Inescrutables, Moisés, inescrutables. Y ahora lavemos las herramientas, que se nos hace tarde. Hay que manejar hasta Ciudad Juárez. ¿Quieres unos asaderos de Villa Ahumada? ¿Unos burritos de asadero de Villa Ahumada? ¿Se te antojan, muchacho? Vámonos ya, que mañana hay que volver temprano.

En el camino, Moisés le preguntó de quiénes eran esas casas en el desierto en las que trabajaban. Max detuvo el auto, y le explicó:

—A nosotros eso no nos importa. Nosotros trabajamos honradamente y no hacemos preguntas.

- —Dicen que son de narcos, tío. Eso dice el contratista; estaba borracho el sábado pasado y...
- —...Y no nos importa eso, Moisés. Trabajamos para el que nos dé trabajo. Además, si no es con ellos, ¿con quién vamos a trabajar? Somos yeseros. Somos albañiles. No tenemos más que esto. De esto vivimos.

Magdalena no sabría decir, en ese momento, si Moisés era el amor de su vida. Tampoco estaba segura de que la vida que llevaba era realmente su vida. Desde que recuerda hizo exactamente lo que le pidieron, y la inercia la condujo al hombre con el que se casaría.

Muy delgada, morena y de un metro y medio de estatura, era una mujer de una extraordinaria inteligencia que fácilmente ocultaba detrás de los harapos. Era, más bien, una niña metida en el cuerpo enjuto de una anciana: sin senos, sin nalgas. Un cuerpo enjuto por la desnutrición. Por la misma causa tenía unas manchas blancas desagradables y escamosas en la piel que con manga corta (algo muy raro en ella; se cubría con enorme cuidado el cuerpo para no mostrar "tentaciones de la carne") la hacían ver sucia.

Como Moisés, Magdalena nació a las afueras de Zaragoza, Distrito Bravo, Chihuahua, y desde muy pequeña asistió a la misma iglesia que él. A los catorce años empezó a trabajar en la casa de los Labrada en Ciudad Juárez; casi cuando murió Esperanza, la madre de Moisés. Duró cuatro años con sus patrones; en su casa vio, por primera vez, una langosta y un cama-

rón; incluso un pescado de mar, tan grande. Había visto renacuajos cerca del Río Bravo o en una eventual lluvia; también conocía las latas

de sardina. Y nada más.

Cumplidos los diecisiete, con Moisés de diecinueve, empezaron a "andar el año". "Andar el año" era una especie de prueba que imponía la iglesia a quienes querían casarse. En ese periodo los ancianos del culto los vigilarían y dependiendo qué tan bien se portaran, de qué tanto respetaran las reglas y los mandatos de Dios, se les permitiría o no casarse. Ellos no tendrían problema con cumplir esta prueba porque eran fieles. Magdalena andaba de faldas largas y jamás usó maquillaje; era comprobada su fidelidad a la congregación y su entrega al ministerio. Moisés, noble y sin vicios, atento de los mandatos, se mantenía cerca de Max, un creyente fiel. Su boda era un hecho, aunque tuvieran que esperar a que los ancianos lo aprobaran en una reunión formal a la que asistían las dos familias y los miembros prominentes de la iglesia.

Magdalena creció con el menosprecio de los otros por su apariencia y por su condición económica. Como hija de una familia pobre en un pueblo pobre (Zaragoza), encontró una salida a sus frustraciones en atender a pie juntillas los lineamientos marcados por la iglesia. Tomó la religión con fuerza, al igual que su madre; aceptó una infancia sin juguetes, por ejemplo, y sin aquello que el ministerio consideraba "tentaciones del mundo": desde el jabón de uso diario hasta la crema de manos, y no se digan los accesorios como aretes o maquillaje. Durante un año la sacaron de la escuela, también; ella no dijo una palabra.

—No son tiempos para escuela, hermana —le dijo el hermano Víctor, su futuro suegro, a su mamá—. Usted le da mucha importancia a que Magdalena vaya a la escuela. Cuando venga el Señor y la encuentre en la escuela qué le va a decir: "Señor, la mando a la escuela en lugar de dedicarla a tus ministerios; perdónala, llévatela contigo". ¿Eso le va a decir, hermana?

La madre de Magdalena se atemorizó (más por Víctor que por la venida del Señor) y la sacó de la escuela. Moisés simplemente dejó de asistir; Esperanza lo había sacado en el quinto año de primaria con el mismo argumento: "Cuando venga el Señor...".

Esa y más decisiones tomadas de manera unilateral por el hermano Víctor fueron discutidas y desaprobadas por los *ancianos* más adelante ese mismo año, y al siguiente, Magdalena y otros niños pudieron regresar a clases. Excepto Moisés. Recibía sólo lecturas de la Biblia porque su vida, decía su padre en reproche a los demás, "sí estará dedicada al ministerio de Dios".

La familia de Magdalena decidió abandonar la congregación. Buscó una iglesia bautista, que es menos estricta y más tradicionalista, e intentó llevarse consigo a la hija. Pero ella se quedó en Zaragoza por una razón: su Moisés. El compromiso con él la amarró a Zaragoza. Y esa fue la primera vez que tomó una decisión por su cuenta. Así se enteró de que podía decidir sobre su propio destino.

Magdalena no sabría decir si Moisés era el amor de su vida, pero ya se enteraría de que la vida que llevaba sí era realmente su vida, y que si movía ciertas variables era capaz de alterarla a voluntad. 4

#### En el reino de las moscas

Zaragoza era un pueblo con calles de tierra y baños de hoyo; con diez iglesias protestantes y una escuela primaria; con agua corriente y energía eléctrica en un porcentaje muy bajo de casas, en la presidencia municipal y en la "catedral", chaparrita y despojada, de adobe, brea, piedra y troncos tallados de ángeles negro y oro. En la plaza principal había un parque con cinco árboles y un quiosco deshecho en el que los jóvenes se reunían por las noches a fumar mariguana, a beber cerveza, a tocarse los callos de las manos, ganados en la pizca de algodón. Entre más callos, más cabrones eran. Y eso, más o menos, era Zaragoza.

Ciudad Juárez le quedaba al poniente. Los separaban los algodonales, acequias ralas y una maquiladora pionera: la RCA Victor, que sólo empleaba a las juarenses porque una mujer de Zaragoza, en esos años, era peor que un indigente y, por lo tanto, tenía muy pocas opciones laborales, a saber: o era bailarina de uno de los puteros del Valle de Juárez o viajaba a diario a la ciudad para limpiar baños y tender camas. O de plano se lanzaba a levantar motas de algodón o, si tenía suerte, era dependienta de una tienda de abarrotes.

O bien se quedaba en casa a esperar a que uno de esos de la esquina, tejedores profesionales del tiempo muerto, se la robara y la llevara a unos cuartos de adobe y le diera hijos que después se juntarían en el quiosco a fumar mariguana, a beber cerveza y a presumirse los callos de la pizca del algodón.

Zaragoza estaba sobre una planicie elevada, de tal forma que a lo lejos, en las noches, podía verse la mancha de luces blancas que era Juárez, y más al norte, dividido claramente por una columna oscura (el Río Bravo), El Paso, Texas, con sus luces amarillas. Al sur había sólo desierto. Desierto pelón. Quizá más hostil que cualquiera otro a cientos de kilómetros a la redonda.

En febrero y marzo llegaban los ventarrones, y si era un año cruel, también durante el verano. La gente se cubría con paños si eso pasaba. Hay que imaginarlo así: con un calor de 45 grados, una *simona* o polvareda era peor que ponerle chile en polvo en los raspones: la arena se pega en la piel sudada y se mete hasta la entrepierna. Los hombres en el campo terminan sangrando debajo del sexo, entre los muslos y entre las nalgas, porque los granos de tierra son una lija que se seca y se moja conforme el cuerpo suda o no, y la fricción, que es peor que latigazos.

¿Quién vivía en Zaragoza? Ni siquiera los migrantes, porque esos, después de intentar sin éxito el sueño americano, se pasaban un tiempo rondando Ciudad Juárez y encontraban las lomas más al poniente, en donde es posible armar un cuarto con cartón y palos. A Zaragoza llegaba la gente más humilde; la que perdió la esperanza muchas generaciones atrás; los mexicanos que apenas hablaban español, que vienen de regiones de agua abundante y no pueden creer que ni el maíz se da en esas tierras dominadas por esos dos seres inhóspitos y celosos: el chamizo y la gobernadora.

En Zaragoza vivían los de mayor pobreza. Vivían los despojados del Valle de Juárez, nietos de indios insumisos que todavía a principios del siglo XX cortaban cabelleras y andaban con su orgullo a caballo, pero que fueron abatidos por los ejércitos de Estados Unidos y México.

¿Quién vivía en Zaragoza? Personas en duelo permanente, que no aspiraban a cruzar a Texas porque no sabrían ganarse la vida allá, en donde, en teoría y sólo en teoría, no se necesita más que estar dispuesto a ser esclavo.

Y estaba el invierno. O la lluvia, cuando llovía. Zaragoza se cubría de nieve varias veces entre noviembre, diciembre y enero, y esa nieve sobre las calles de tierra se volvía un lodo helado, espeso y sucio, lleno de aceite de carros y de mierda que se desbordaba, en esos años, de las letrinas. En las heladas la gente no salía de sus casas más que para lo necesario y no se atrevía a sacar siquiera las trocas, si las tenían, porque ni sus llantas se sostienen en un lugar

tan empinado, montado en una loma sin fin, que era Zaragoza.

Las lluvias, una o dos veces al año. Pero lluvias de verdad. La calle principal del pueblo, sin vegetación ni pavimento, se volvía una cascada porque a ella, por razones fáciles de entender, desembocaban el resto de las calles-riachuelos. En la arena se hacían grietas de un metro, un metro y medio, y el agua arrastraba todo. Se llevaba las letrinas completas y desenterraba las fosas llenas de mierda. Zaragoza se volvía, en lluvias de desierto que duran una hora intensa, un mar de mierda. Que si la lluvia se llevó un muchacho, que si destruyó un negocio. Todo era depositado (mierda, muchacho, negocio, letrinas, ladrillos, carros) a la entrada del pueblo, escaparate de la miseria de Zaragoza. Allá abajo estaba la carretera que unía el valle con Ciudad Juárez. Hasta allá iban a dar las muñecas despeinadas, la ropa tendida, kilos y kilos de papel de baño. A la carretera. A la entrada del pueblo. Para que la vieran los que estaban de paso. Para doblegar todavía más el ánimo del pueblo. Allá, abajo, en la carretera, se podría encontrar al tío alcohólico perdido durante la inundación, por ejemplo, porque el agua y la arena y lo demás no tenían a dónde ir.

Zaragoza era el reino de las moscas. Sólo se iban en el instante de la tragedia; durante los diluvios o en las nevadas. Y un segundo después aparecían en cantidades groseras a reclamar lo que les pertenecía, a pararse en los labios de los niños y en las frentes de todos. Formaban nubes en torno a las letrinas, a las cocinas, a los gallineros y, de manera especial, junto a las marraneras.

Cerca de Zaragoza, rumbo al norte, estaba Waterfill, otra colonia periférica despojada de los servicios públicos pero llena de negocios a lo largo de su única calle pavimentada, que daba al puente internacional y conectaba con Socorro, Texas.

Algunos hombres de Zaragoza se empleaban allí, porque había tapicerías de autos y muebles; carrocerías, farmacias y dentistas para los texanos que buscaban ahorrarse unos dólares.

Zaragoza era el hogar de Magdalena, Moisés y Max. Era, también, el hogar del hermano Víctor y su esposa, Esperanza.

Magdalena se guardó un billete de veinte dólares que encontró en una camisa de Liborio Labrada. Después fue otro, de cien, que encontró en unos pantalones. No los gastó. Se lo llevó a su casa en Zaragoza y lo guardó muy bien dentro de una caja de metal que había sido una lonchera. Cuando encontró la caja en la basura de una casa en la colonia Las Margaritas de Ciudad Juárez, todavía era posible distinguir la imagen de la Princesa Lea de La Guerra de las Galaxias. La guardaba porque esa mujer de blanco le parecía distinguida. Nunca había ido al cine y no le era tan familiar la figura; imaginaba que Lea venía de un cuento de hadas y que ese traje blanco del espacio era un atuendo de bodas.

Magdalena se sorprendió porque no tuvo remordimiento después de esos dos robos. Fue a la iglesia y no pidió perdón a Dios; deliberadamente no lo enteró, lo dejó fuera de su decisión. Y le funcionó. Tampoco quiso alarmar a Moisés.

Meses después empezó a hablar con su prometido del dinero que los Labrada tenían regado por la casa. "Hay billetes por aquí y por allá", le dijo. Le comentaba que "sería muy fácil llevarse puños y puños de billetes; hay en cajas de cartón debajo de la cama, en los burós, en los roperos y hasta donde guardan sus carros".

- —¿Sería muy fácil llevarse puños de billetes? —dijo Moisés.
  - —Sí, sería muy fácil.
- --¿Y Dios, Nena? ¿Qué diría Dios si alguien hiciera algo así? ¿Y los mandamientos?
- —Por eso digo nada más que sería muy fácil llevarse el dinero; no estoy diciendo que alguien se lo vaya a llevar...
  - —Dios no lo quiera, Nena.
- —Que Dios no lo quiera. Y si alguien lo hace, será mejor que Dios no se entere para que no lo castigue —dijo. Y entonces se encontró a sí misma armando un plan.

Magdalena le contó a Moisés que Ana y Liborio salían mucho de viaje. "Se mantienen fuera y regresan muchos días después". Le dijo que a veces guardaban hasta dos cajas de billetes de veinte a cien dólares en un closet de la recámara, y que luego las vaciaban de madrugada porque al día siguiente ya no estaban. "Gastan en tonterías. He visto a don Liborio darle puños de billetes sin contar a agentes de la policía que van a verlo. Recibe a periodistas; toma cerveza con ellos, fuman mariguana y les da puños de dólares. Moisés, hay mucha droga en la casa. Bolsas. Antes la escondían pero ahora ya no. La dejan sobre la mesa, en la recámara, en la sala. Yo tengo que andarla recogiendo para que no se riegue. Hasta barro droga y dólares. Se me hace que ni siquiera saben cuánto dinero tienen. Dólares y dólares que riegan por todos lados. La señora Ana es más cuidadosa y los recoge; don Liborio no. Saca por puños y los tira".

Magdalena y Moisés discutieron un día sobre los hijos. ¿Cuántos queremos?, le preguntó ella. Él le respondió con naturalidad: "Los que Dios nos dé".

- —¿Los que Dios nos dé? Pues no. Yo quiero sólo dos, Moisés. No los que Dios nos dé. Tengamos los que podamos mantener, no más.
- —Pero la Biblia es muy clara sobre eso, sobre...
- —¿Sobre qué? Sobre nada. En ningún lado dice que debemos tener mil hijos y seguir pobres, Moisés. Por eso murió tu mamá...
- —¿Por qué murió mi mamá? —contestó él sorprendido.
- —Por no cuidarse. Si no podía tener hijos, Moisés, ¿por qué debía tener otro? Nadie se atreve a decirlo, pero tuvo otro embarazo porque el hermano Víctor es un macho, Moisés. Tu papá es un macho y los dos creyeron que en la Biblia dice que las mujeres no podemos cuidarnos y debemos darles a los machos todos los niños que quieran. ¿Y nosotras qué? Con todo respeto para la hermana Esperanza, pero debió abrir la boca y decirle al hermano Víctor que no podían tener ya hijos, que de tu embarazo se había salvado de milagro porque Dios es grande, pero Dios no hace dos milagros iguales. A ver, ¿en dónde dicen Las Escrituras que Dios

repitió un milagro dos veces para una misma persona? Esperanza debió operarse a escondidas de él si él no la dejaba.

#### —¿Qué dices?

—Lo que oyes. La hermana Esperanza merecía vivir. Tu mamá merecía vivir. Murió de dolores terribles, Moisés. Duró tres días tratando de dar a luz, y por culpa de Víctor no fue al hospital. Estaría viva si él no se opone a que la llevaran a un hospital. Nunca iba a poder aliviarse. Tú naciste porque eres prematuro, porque llegaste antes. Si no, tú eres el que mata a tu mamá.

#### —¿Por qué blasfemas?

- —No blasfemo. Dios me libre. Nadie ha dicho esto por miedo al hermano Víctor, aunque muchos lo piensan. Mi mamá salió de la iglesia por culpa del hermano Víctor, por la muerte tan espantosa de la hermana Esperanza. Tu mamá tuvo una muerte horrible, llena de dolores. Yo no quiero morir así, Moisés. No voy a morir así. A mí me llevas a un hospital y se acabó. No soy una mártir. Aunque me digan después que soy una mundana. Aunque me culpen de que soy una pecadora. Voy a tener los hijos que pueda mantener y con los que pueda vivir, Moisés.
- —Algo está cambiando en ti, Magdalena.
- —No, Moisés, nada está cambiando. Es la primera vez que lo hablamos y por eso es la primera vez que te lo digo, pero siempre he

pensado así. Dios primero, mi familia no debe crecer con tantas ataduras. Nuestros hijos no serán unos esclavos de la iglesia pero serán temerosos de Dios.

Moisés abandonó la casa de Magdalena durante tres semanas. No se atrevió a contarle a Max, su tío, porque le había parecido terrible la manera en que su prometida se había expresado de Esperanza su madre, y de Víctor su padre. Le había parecido impropio. Aunque muy adentro sentía resentimiento, cierta culpa ajena por la muerte de Esperanza.

Un día dijo para sí: "Si pudiera salvar a mamá, y para eso tuviera que llevarla al hospital, la llevaría. Al cabo la llegada del Señor se ha tardado ya muchos años. Al cabo Dios perdona todas las cosas".

Moisés regresó a casa de Magdalena; ella agachó la cabeza y le dijo: "Perdóname. No quise hablar mal de la hermana Esperanza; ella será un ejemplo en nuestro matrimonio. Pero debo decirte lo que pienso, si no, ¿de qué sirve que seamos dos? Yo también tengo mis ideas, Moisés; también debo opinar".

Moisés se quedó callado. Ese arrojo de Magdalena le traía confort pero no sabría cómo decirlo. Se sentía definitivamente en buenas manos.

- —Llamaremos a nuestra primera hija Sara Esperanza. Sara por la mujer de nuestro padre Abraham; y Esperanza por tu mamá.
  - —La llamaremos así —dijo él.

Magdalena sacó, entonces, una bolsa con verduras; las calentó y se las dio a comer. "Toma", le dijo. "Te las guardé. Verduras *de* langosta. Te hacen bien al cuerpo. Te ayudan con la fuerza".

#### 6

### La jaula de los perros

Tuvieron una perra a la que llamaron Gala. Una dóberman negra, soberbia. Cuando creció se volvió tan brava que tuvieron miedo a que un día se soltara y despedazara a alguien. "Quizás se sienta sola", dijo Ana. "Es la raza. Así son los dóberman de cabrones", dijo Liborio. Discutieron si conseguirle una pareja para que se apareara. Ana no quiso. Pensó: "Para qué, ¿para que sufra? Ni madre". Entonces él la presionó para que la esterilizaran. "Se va a poner en celo y querrá revolcarse con el vecindario completo", le argumentó. Ella quería responderle que si eso quería la perra, revolcarse, que lo hiciera; mejor le propuso que le buscaran un macho sólo para que se embarazara. Y eso hicieron.

El acoplamiento fue rápido y Gala quedó preñada. Ana pidió inmediatamente después que regresaran al perro a su dueño.

—Llévatelo. Llévaselo a sus amos. No lo quiero aquí. No soporto a este pinche animal.

Liborio pensó que si no se lo llevaba, ella sería capaz de envenenarlo.

Gala pasó muy mal su preñez. Fueron también los peores sesenta días en la vida de Ana. La perra empezó a vomitar y rechazó el alimento antes incluso de que le crecieran las mamas. El veterinario dijo que era un falso embarazo y propuso darle hormonas y sedantes. Ana se opuso y buscaron otro especialista. Sí, estaba embarazada. Liborio sugirió que el macho tendría alguna enfermedad hereditaria y que los cachorros vendrían mal. "Pueden salir tullidos, Ana. Mejor que aborte", le dijo.

—Los hombres no tienen compromiso con la vida. De por sí es una joda aparearse, Liborio. No. No va a abortar —respondió Ana, y se encerró con Gala el resto de esa tarde en la recámara de ambos.

—Ana, Ana. ¡Con una chingada, Ana, abre esa puerta! —gritaba él. Pero ella se sentía lastimada profundamente y estaba dispuesta a soportar hasta la última ofensa.

Lo que hizo fue buscar un tercer veterinario y una publicación de cuidados de mascotas para estar más informada. Encontró un ejemplar de una revista vieja editada en Argentina. "Evitá retarla o castigarla mientras dure su embarazo para que ella sienta tu afecto y a la vez sienta que vos sos una protección para su cría y no una futura amenaza. Cuando llega el momento la perra va a buscar su lugar a donde tener a sus cachorros. Tratá siempre de que escoja un lugar cómodo y a la vista tuya y por sobre todo tratá que no elija ella ya que suelen optar por camas, roperos, sillones", leyó.

Y en efecto, Gala decidió parir en la cama matrimonial. Ana se la cedió con alegría. —No puedes dejar que la perra se alivie en mi cama —dijo Liborio. Ana se volvió a encerrar en el cuarto, ahora un día entero. Sólo abrió la puerta cuando Magdalena le llevó hígados cocidos para la perra. Ana estimaba a Magdalena porque era muy trabajadora e inteligente, aunque no podía esconder cierta repugnancia por su aspecto.

Él decidió, entonces, irse de la casa. Rentó un cuarto de hotel cerca, en la zona turística de Ciudad Juárez, en el Pronaf. Llamó a un amigo y le mandaron dos muchachas de buen ver que lo acompañaron durante dos días.

Cuando regresó, al tercer día, la casa estaba en penumbras y Ana lloraba en silencio. No se atrevió a preguntarle qué había sucedido. Fue a la recámara y la cama estaba desnuda, sin colchón. Regresó a la sala y ella se había levantado para prepararse un café. "¿Quieres?", preguntó a Liborio. Él se dio cuenta de que Ana estaba muy mal. "Te ves terrible", le dijo, y ella se limpió las lágrimas con la palma de la mano. Se desplomó. Liborio la sintió como una almohada de plumas. La cargó y la recostó sobre un sofá y empezó a acariciarle el cabello.

Duraron unos minutos en silencio. La casa estaba oscura; la tarde se había esfumado por completo.

—Tenemos que hablar. Las cosas no están bien. Tenemos que irnos de la ciudad. Debemos dejar todo esta misma noche —le dijo Liborio. Ella se incorporó de inmediato e hizo

un gesto de angustia. Él le tapó la boca con dulzura, aunque firme.

Ana le dijo que estaba de acuerdo. Le explicó que Gala había muerto en el parto y que dos cachorros se habían salvado. "Sólo dos perritos, Liborio; sólo dos sobrevivieron. Están con el veterinario", dijo, y le pidió que no se marcharan de Ciudad Juárez de inmediato, sino que esperaran hasta el día siguiente.

Muy temprano, argumentó, vendría el veterinario con los cachorros. Y entonces partirían.

Él no estuvo de acuerdo pero aceptó. Se acomodaron en el sofá y ella se quedó dormida.

Liborio la dejó y salió a su carro. Sacó una AK-47 y la colocó cerca de la ventana principal de la sala. Se sentó en el comedor a fumarse un cigarro. Se sacó la cartera, las llaves, las monedas y dos pistolas. Se asomó varias veces por la ventana. Hizo dos llamadas desde el baño y una más por el teléfono de la recámara. Volvió al sofá y abrazó a Ana. Se quedó dormido.

Liborio soñó con su abuela. Estaban en esa misma casa de Las Margaritas, de Ciudad Juárez. Observó en su sueño con extrañeza que la puerta trasera no daba a su patio, sino a un campo de manzanos. La vieja se paró bajo el dintel; le llamaba. "Liborio, Liborio, ven". Pero él no quería ir a su encuentro porque no estaba seguro de que fuera ella. "¡Liborio, soy tu abuela!", le insistió. Él se encaminó a la puerta.

- —Detrás de los manzanos. Corre detrás de los manzanos —le dijo la vieja.
- —¿Por qué quieres que vaya hacia allá, abuela?
- —Corre, hijo. No dejes a los perros o provocarás una tragedia.
  - -No tengo perros.
  - —No dejes a los perros, Liborio.
  - —¿Qué dices, abuela? No tengo perros.
  - —Corre.
  - —¿Qué?
- —¡Corre!¡Corre ahora mismo, Liborio!¡Corre por tu vida! —le gritó la abuela en el sueño.

Liborio se despertó de un brinco y puso atención a los ruidos de la madrugada. Silencio profundo. Amanecía y por la ventana pudo ver una lluvia de color azul sobre las casas, los árboles, los carros. El azul de la mañana en Ciudad Juárez.

Ana se despertó con el ruido de los pájaros. Porque muchas veces en el año, los pájaros bajan a la ciudad en su ruta migratoria. Cagan todo, piden agua. Y sobre todo, hacen el ruido de cien motores de tractor arando al mismo tiempo.

- —Soñaba —le dijo ella.
- —¿Qué soñabas?
- —A los perros, Liborio. A mis cachorros. En una hora llega el veterinario y nos vamos. Tengo un mal presentimiento.

Ana extendió los brazos y él se refugió en su pecho. Era un Liborio que no había conocido. Su sueño era tan amargo que no quiso compartírselo e intranquilizarlo. Ana soñó que los perros se lanzaban contra ellos y les arrancaban la carne a jirones.

—Soñé con mi abuela —dijo él—. Y con unos pinches perros. Puras mamadas.

Ana se sorprendió por la coincidencia de los sueños. Apenas iba a incorporarse para contarle, cuando escucharon el ruido de un bote de basura que se arrastra. Liborio se tensó; tomó lo que había dejado sobre la mesa, incluyendo las pistolas, y se caló la AK-47 sobre el hombro. Muy discreto se asomó por la ventana.

- —Ana, rápido, toma algo de dinero de la recámara. Llegaron por nosotros.
  - —¿Qué?
- —Corre, corre a la recámara. Llegaron por nosotros.
  - --;Quién?
- —Cuco Ramírez. No vienen a detenerme; vienen a chingarnos.
  - —¿Por qué, Liborio?
  - —Corre.
  - —¿Qué?
  - —¡Corre ahora mismo, chingao!

Hizo lo que le pidió. Vació de prisa una bolsa de explorador y la llenó de fajos de dólares. Lo hizo a oscuras y regó la recámara de billetes. En cuanto terminó, se desplazó hacia la sala, donde estaba Liborio tirado apuntando la AK-47 por la ventana.

—Listo —dijo Ana en voz baja.

- —Escúchame bien: voy a distraer a estos cabrones en cuanto quieran entrar. Tú escúrrete por la puerta del patio. Arrastra la escalera y brinca la barda. Vas a salir a la casa de unos amigos. Brinca con cuidado y corre, corre. Trata de llegar a la central de autobuses y nos vemos en La Junta. Nos vemos en la sierra.
  - —;Y tú, Liborio?
  - —Yo los distraigo.
  - —Te van a matar.
  - —Corre.
  - —No. Yo aquí me quedo contigo.
  - —¡Corre, chingada madre!
- —No —respondió Ana, y le clavó los ojos. Liborio entendió que no se iría.

Le entregó una pistola y dos cargadores. Le explicó que la única oportunidad era entretener a los agentes en cuanto llegaran frente a la casa; correr hasta la puerta del patio y brincarse la barda, como había sugerido antes.

- —Adelántate.
- —Los perros —respondió ella.
- —Pinches perros. Qué perros ni qué la chingada: ¡adelántate!
- —No —lo interrumpió—, el veterinario acaba de llegar a la banqueta con los perros. Mira...

Así era. El veterinario había estacionado una camioneta frente a la casa y sacaba una jaula por la puerta trasera. Allí venían los cachorros.

Liborio se movió a gran velocidad. Le dijo, sin atropellar las palabras para que entendiera bien:

—Ana: Sal a recibir al veterinario. La gente de Cuco está escondida y no va a dar la cara hasta que no les llegue una orden. Sal a recibirlo y llévate un fajo de billetes. Dáselo discretamente y pídele las llaves de su camioneta y que se largue caminando. Ordénale que regrese la jaula con los perros a la camioneta. Si no quiere, enséñale la pistola. Hazlo con cuidado para que no te vean esos culeros. Si salgo yo, me matan. No vienen por ti. Allí te quedas con él en la banqueta y yo voy en cuanto te vea con las llaves en la mano. ¡Corre!

Ana no se la pensó dos veces. Salió, como le dijo Liborio, con una pistola escondida en el cinturón del pantalón, debajo de la blusa. Cuando se paró frente al veterinario, el tipo olió que algo no estaba bien. No los conocía, pero imaginaba en lo que estaban metidos.

- —Le traigo sus perritas —dijo muy nervioso mostrándole la jaula, que ya estaba en la banqueta.
  - —¿Son niñas?
- —Son hembras. Y están muy sanas. Espero no molestarla, pero usted me pidió que viniera temprano...
- —Tome —Ana extendió un fajo de dólares que el hombre se guardó de inmediato, no por codicia, sino por inercia.

Ella volteó a sus costados con discreción y no vio a ninguna persona, ni siquiera autos sospechosos. Le pidió las llaves y dio pasos largos hacia el asiento del copiloto y se sentó. Ya acomodada dentro de la camioneta, se corrió de un brinco al lado del conductor y en eso vio que Liborio salía de la casa corriendo hacia ella por la puerta principal, con la Kaláshnikov colgando en la espalda.

Ana encendió el carro, puso cambio y en eso brincó Liborio al asiento del copiloto.

—¡Vámonos! —hundió el pie en el acelerador.

A sus espaldas se escucharon tres detonaciones y los dos se agacharon casi en automático. Ana vio por el espejo retrovisor cómo caía el cuerpo del veterinario.

—Mis perros —se lamentó. Observó, también por el retrovisor, la jaula sobre la banqueta.

Liborio gritaba, feliz. Escucharon a lo lejos el ulular de las sirenas y el rechinido de llantas. Siguió festejando.

—Ojalá que Magdalena entre a la casa antes que estos cabrones. Ojalá se le ocurra llevarse unos billetes antes de que saqueen la casa.

Cambiaron varias veces de auto en las siguientes horas. Se escondieron, y abandonaron la ciudad dos días después, sin complicaciones.

Cuando iban en la carretera, Ana sintió que las emociones de las últimas semanas se le vinieron encima. Como si se hubiera tomado

un puño de pastillas para dormir y a la vez se hubiera metido un gramo de coca. Mucho sueño y agotamiento, pero pocas ganas de ir a la cama.

Se acomodó en el asiento del copiloto y dijo en voz alta, sin pensar:

- —Los perros. Abandonamos a los perros.
- —Y nos salvamos, Ana. No chingues. Te consigo unos después.
  - —No habrá tiempo ya, Liborio.
  - —¿Qué?
- —Presiento que se nos acabó el tiempo. Nos van a cazar.
- —Cállate, Ana. No digas pendejadas. ¿Eres bruja o qué? Saldremos adelante. Volveremos a recuperarnos. Ya lo hice antes; lo voy a hacer otra vez.
- —No habrá tiempo ya, Liborio. Se nos acabó el tiempo.
- —Duerme. Será un día cansado. Nos vamos a La Junta y me voy a seguir derecho hasta Guadalupe y Calvo. Necesitamos llegar a Badiraguato, a Sinaloa. Allá nos van a cuidar los amigos. Nadie nos va a tocar un pelo. Menos ese pendejo de Cuco. Pinche comandante, va a pagar cada uno de sus pecados. Nadie te tocará, ¿entiendes? Duerme, descansa. Han sido días difíciles para todos. Vámonos a Mazatlán a que conozcas el mar. Ya vienen los tiempos mejores. Ya vienen. Duerme, Ana.

Ana se quedó dormida al ritmo de su voz.

Con los ojos fijos en la carretera, Liborio no pudo despejar su mente de una imagen: la de los dos cachorros de Gala, su perra, abandonados en la banqueta frente a su casa.

## Hasta aquí llegó Liborio Labrada

Primero la mataron a ella, luego me les puse en el camino para que vinieran por mí. Ana murió de la manera más estúpida. Iba en un carro rumbo a Villa Ahumada, sola. Habíamos discutido y me dejó en la sierra, en una casa que compartíamos en La Junta, Chihuahua.

- —No te vayas, Ana —le dije.
- —;Que no me vaya, cabrón? Me voy.
- —No están las cosas para berrinches —le insistí.

Abrió la cajuela del carro, lanzó una maleta con algo de ropa y unos dólares y arrancó a Madera, hacia el norte, rumbo a Ciudad Juárez.

—¡Te van a chingar! —le grité. No me escuchó. Se la chingaron.

Era de noche y le tocó un retén militar entrando a Buenaventura. Se puso nerviosa. Le hicieron el alto y no obedeció. Le tundieron de balazos hasta que el carro se estrelló a toda velocidad en un álamo, muy cerca de la plaza principal del pinche pueblo. Salió disparada por el parabrisas; cayó sobre una banqueta y se fue arrastrando de cara unos diez metros. Se le borraron completos los pómulos, la nariz, la frente. Dejó embarrado una parte del hombro en el cemento. Eso y los balazos: quedó desecha.

Mi pobre Ana. Mi niña Ana. Ni siquiera pudieron identificarla; nadie la recogió en la morgue. Estuve tentado a hablar con la familia para informarle pero no, preferí que la enterraran en una fosa común. Muchos de nosotros vamos a dar a las fosas comunes, así que no fue novedad.

Una sola vez estuvo en otro lugar que no fuera Chihuahua. Me decía que viajáramos, aunque fuera a escondidas. "Llévame lejos, Liborio", pedía. Le prometí que andaríamos por el mundo. No pudimos.

La única vez que vio el mar fue cuando la llevé a Mazatlán. Un amigo nos prestó una casa en la Zona Dorada, que es para turistas. Apenas estaban construyendo hoteles allí. Cuando llegamos, Ana brincó a la arena y ya no la pude sacar. Veía y veía las olas, las islas de enfrente, el cielo. Por la noche dormíamos juntos por compromiso, porque ella deseaba salir temprano para seguir en la playa. Una vez me dijo: "Vámonos, Liborio. Nos van a matar". Le contesté enojado: "Por supuesto que nos van a chingar si sigues aplastada en la arena como ballena". No me contestó. No sabía que las ballenas se quedan varadas, pero supo que era una ofensa. Se me quedó viendo a los ojos y observé cómo los suyos se iban humedeciendo. "Pendejo", me dijo, y regresó a la arena. Ana debió ser sirena en otra vida. El mar la llamaba.

- —¿Por qué nunca me trajiste al mar? —me reclamó.
  - ---¿Para qué?
- —Mi madre no conoció el mar. Nadie en el pueblo conoció el mar.
- —Nadie en Chihuahua conoce el mar —le diie.
  - —Mi abuela sí.
  - —Tu abuela no nació en Chihuahua.

Otro día nos sentamos en Olas Altas, en el viejo Mazatlán. Recuerdo el nombre del restaurante: Puerto Viejo. Los mazatlecos son gente buena y de fiar; estábamos como en casa. Duramos horas frente al malecón. Veíamos la puesta del sol, borrachos los dos, y me dijo:

- —Vamos a casarnos.
- —Estás loca —le respondí.
- ---Vamos a casarnos.
- —¿Quieres que vayamos con un juez y nos casemos frente al cuartel del ejército? ¿Quieres que demos nuestros nombres para que nos partan la madre? ¿Estás pendeja?
- —Liborio, mira el mar. Vámonos ya. La venganza nos va a matar —me dijo.
- —Eres una pendeja, Ana. ¿Cómo que vamos a casarnos? ¿Estás loca?
- —La venganza nos va a matar —insistió.
  - --: Casarnos? ¿Te volviste pendeja?
  - —No —dijo.

Nos quedamos mudos hasta que el sol se metió entre las olas y salió un rayo azul. Ya noche, cuando pagué la cuenta y estábamos listos para partir, me tomó las manos y preguntó: "¿Me quieres?" Me veía de frente. Juro que quise decirle que sí para salir del paso, pero no pude. "¿Me quieres?", insistió. No sé por qué la separé de golpe, apreté los dientes y le di una bofetada.

—Estás bien pendeja —dije.

Me dolió la mano. Una pareja se me quedó viendo y me lancé hacia ellos; levanté el puño contra el hombre; se puso pálido cuando vio la pistola en el cinturón.

Ana me calmó abrazándome. Caminé a la banqueta y allí tomamos un taxi abierto, que en esas tierras llaman "pulmonía".

Camino a la casa de mi amigo, el aire nos pegaba fresco en el auto en movimiento. Al ver esa hermosa bahía me sentí relajado. Le apreté la mano y le dije al oído: "Sí, Ana, es hermoso Mazatlán".

Ella apretaba los dientes para no llorar. Odiaba que la vieran llorar. Ana fue muy fuerte, muy fajada. Pero en esos días estaba débil. Quizás fueron los mariscos. O sería el mar. O los dos.

Todo esto pasó poco tiempo antes de su muerte.

Después de ese viaje regresamos a la sierra por tierra, por Badiraguato. Hicimos tres días. Fue un viaje cansado porque teníamos que evitar los aviones y la carretera. Nos fuimos puebleando hasta que ya no hubo pueblos; entonces nos dieron caballos y jinetes.

El culo de Ana, hermoso y redondo, se veía horrible sobre esos machos musculosos. Me dio tristeza vérselo manchado de color caca por el cuero de la silla.

Refugio Ramírez llegó por mí, y en el subconsciente lo estaba esperando.

Momentos antes jugábamos póker. Reparé en un crucifijo que alguno de los muchachos había puesto en la pared.

—¡¿Quién fue el puto que puso esa cruz en la pared?! —les grité. Como nadie respondió me puse de pie y lo arranqué de golpe. El Cristo, con las manos abiertas y semidesnudo, salió volando de la cruz y cayó en la mesa de billar dando vueltas sobre sus pies, perfectamente equilibrado, como un trompo.

Nos quedamos mudos viendo la figura rosa dar giros rápidos sin perder el equilibrio, hasta que cayó de nalgas.

Nos reímos a carcajadas. Nos tiramos al piso sacudiéndonos de la risa y en eso escuchamos una voz. Era Cuco Ramírez.

—¡Salgan con las manos en alto, hijos de la chingada! ¡Ríndete, Liborio!

Me fui a gatas hacia la mesa de billar y tomé la pistola. Le respondí sin pensarlo:

-¡Aquí te espero, Ramírez!

—¡Pues voy por ti! ¡Ríndete! ¡Ríndanse! ¡Vamos, muchachos! ¡Vamos a darle a estos cabrones hasta por detrás de las orejas!

Revisé que la escuadra estuviera cargada y me pegué contra un muro. Éramos siete. Sabía que estábamos rodeados en esa casa de apenas dos cuartos: sala y recámara; les ordené a señas que vigiláramos las puertas y las ventanas.

Mi hermano Raúl me movía las manos haciendo gestos que no comprendí, y en eso escuché que alguien pujaba. Me asomé por una ventana y pude ver a dos agentes pasados de peso que bajaban por un murillo que daba a un pasillo lateral de la casa. Dos menos, pensé. Arranqué la cortina para verlos bien; esperé a que terminaran de bajar y cuando iban a agacharse les disparé. Al primero le di en una oreja y se la arranqué, y luego un tiro en la frente. Al segundo le pegué dos balazos en el pecho que lo hicieron rebotar en los ladrillos. Inmediatamente me tiré al piso y escuché las detonaciones de la R-15 que volaban la ventana completa.

Volteé a la puerta que daba al patio y observé que mi hermano la abría. Le iba a gritar que se quitara de allí pero él me ganó: "Voy por los *cuernos*". Pensé que era un estúpido, y lo fue: en cuanto hizo el intento por salir lo cosieron a tiros. Pedazos de su carne me cayeron en el pecho, en la frente. "Estúpido", me dije, y me puse a rodar en el piso para acercarme a él. No había nada que hacer: estaba bien muerto. La camisa amarilla se le tiñó de rojo en un segundo.

Volví a rodar hacia otra ventana y ubiqué a sus verdugos. "Pinches marranos", dije entre dientes y en eso le volaron la cabeza a otro de mis muchachos. Me metí a la recámara, que sólo tenía una ventana pequeña en un costado. Noté a dos de los nuestros escondidos bajo la única cama. Les hice señas para que salieran, y no salieron. Los amenacé con la pistola, y se arrastraron en el piso de tierra hasta donde estaba yo. Pegué un brinco y pude ver, por la ventana, a los dos asesinos de mi hermano. Me subí a una silla y les di por la espalda. Luego corrí hacia la puerta de la recámara y noté que la puerta principal estaba abierta, y que los cuerpos de otros dos de los nuestros estaban tendidos en el piso; sólo quedábamos tres: los dos cabrones que volvieron bajo la cama, y yo. A esos dos pendejos se los echaron en un segundo. Me quedé frío.

—¡Ríndete, Liborio! —escuché la voz de Ramírez; ahora venía desde adentro de la sala. Se había colado con otros dos agentes.

No desperdicié un segundo. Recargué la pistola y lancé la silla desde la recámara, a la que le dispararon como desenfrenados. Detrás de la silla, segundos después, salí yo.

Me eché a dos cabrones de un chingadazo: pum, pum. Me tiré detrás de la mesa de billar esperando que me cosieran a tiros pero no. Hubo un breve silencio en la sala. Me moví un poco y noté que exactamente a un lado de mí, también cubierto por la misma mesa, estaba el comandante Ramírez, asustado, sin arma. La tiró en una maniobra. Me vio. Lo vi. Le apunté y se cubrió la cara.

Lo tomé por el cuello y salimos a la calle. Había decenas de patrullas, unidades del ejército, unos cien agentes y muchos mirones.

- —¡Lo mato, cabrones! —grité mientras salía de la casa con Ramírez como escudo.
- —¡Suéltalo y te respetamos la vida! —me respondió el Zurdo, a quien conocía bien. Era el segundo del comandante.

Repasé la escena. Se me vinieron miles de recuerdos: mi madre, mi padre, mis hermanos, Ana. Los recuerdos no me dejaron idear una ruta de escape. Pinches recuerdos.

—¡Suéltalo y te respetamos la vida! —repitió el Zurdo.

Solté a Cuco y la pistola, y cerré los ojos con resignación. Sabía que nunca me respetarían la vida.

Me metieron decenas de balazos. Caí al piso y pude escuchar cómo mi sangre se derramaba sobre la tierra.

- -Ana -dije tendido en el suelo.
- -¿Qué dice? —preguntó Cuco Ramírez, ahora sí muy valiente.
  - —Ana —insistí.
  - —No se le entiende nada.
  - --;Ana! --grité.
- —Hasta aquí llegó Liborio Labrada. El puto está bien muerto —dijo el comandante, y me dio la espalda.

Yo seguía gritando su nombre. No recuerdo más.

Conocí a Ana en una casa de seguridad. Era hija de una familia más o menos de dinero; manzaneros de Cuauhtémoc, Chihuahua. Le debían miles de pesos a no sé quién por no sé qué. Me pidieron el favor de que la tomara prestada para obligar al padre a pagar. Nosotros no somos secuestradores ni andamos en esas mierdas. A los secuestradores los colgamos. No, de secuestros nada. Era un favor. Era por una deuda. Por eso acepté el trabajo.

Encontramos a Ana en una calle y le pedimos amablemente que se subiera a nuestro carro. Se subió, entendiendo de qué se trataba.

Estaba casada con un cabroncito del mismo rumbo, un pastor protestante que hizo ruido en los noticiarios locales porque temía que la maltratáramos, según dijo. A ella no le pusieron un dedo encima por instrucciones mías.

Dos veces hablé con él, con el esposo de Ana. La primera fue para decirle que cerrara la boca porque estaba complicando las negociaciones. "Vamos a tener que matarla si no cierra el hocico", le dije. "Sí, sí, está bien. No la toquen", me contestó con un tono chillón que me dijo que en realidad haría más ruido para que la matáramos y quedarse con el dinero de ambos. Después le llamé para decirle que estaba muerta y que si volvía a hablar con alguien aparecerían él y su amante, una secretaria de muy buenas nalgas, colgados en un puente.

También le dije que dejara de fingir; que ella, Ana, sabía perfectamente que él la prefería muerta porque le dejaría rehacer su vida.

- —¿Entonces Ana está viva?
- —Está muerta. Y su muerte no es gratis. Le va a costar dinero de todas maneras. Su suegro ya pagó lo que debía, y usted pagará un rescate.
  - --;Ana está viva? ---me insistió.
- —Está muerta para usted, cabroncito, entienda —le dije.
- -Está bien. Déme los detalles del rescate.

El tipo pagó muy buen dinero y sin complicaciones. Cuando tuve los dos maletines cargados de billetes, los llevé con Ana a la casa de seguridad donde todavía estaba en custodia.

- —Toma. Son tuyos —le dije. Me abrazó.
- —Eres un bárbaro —me dijo.
- —Estamos bárbaros —contesté. Le brillaban los ojos.

Me dije: Ana estará conmigo hasta el último día.

Casi lo logra.

No me apendejé. Tampoco estaba entretenido en el póker. He dormido con armas bajo la almohada una vida entera; armas de verdad, no pistolitas. Usted averigüe, pero sobre todo entienda: un hombre partido por la mitad es capaz de mancharse las manos con su propia sangre. Un hombre sin amor vale menos que tres cervezas y un plato de cacahuates japoneses.

# **ESPERANZA**

Al final escuchó una voz por sobre todas. No era de ella ni de los otros. Tampoco estuvo segura de si era La Voz que esperamos en vida para después de la vida

### Una sola lección en la vida

Liborio venía muy cansado. Le pedí que me dejara conducir el carro pero respondió lo de siempre: "¿Y si nos detienen? Qué vas a hacer, ¿echarte a llorar?". O bien: "Te vas a poner nerviosa y vas a mandar las cosas a la chingada. Tú duérmete y ya".

Íbamos a Ciudad Juárez. Teníamos una casa bonita en Ciudad Juárez. No era una mansión; tenía un buen jardín, un patio amplio y un asador de carne que usaba carbón y gas. Tampoco era una colonia pretenciosa; más bien de gente de trabajo, más o menos acomodada, como nosotros.

Vivimos felices allí, en la colonia Las Margaritas. Cuando Liborio me dijo que me había comprado una propiedad y mencionó el nombre de la colonia pensé que estaría llena de flores, de margaritas. Juárez es un desierto; qué ideas las mías. Y aun así se vivía bien. Nadie molestaba a nadie, y menos en esos años. Esa vez que le cuento, Liborio sí se las tuvo que ver con un muchachillo drogado. Pendejo muchacho. No supo en la que se metió. Pero fuera de aquel incidente menor, nadie se metía con uno y se vivía con cierta tranquilidad. Éramos vecinos de un comandante de Aduana, de otro de

la Judicial del Estado, de varios políticos y hasta del presidente del PRI en la ciudad. Sabían quiénes éramos y no nos molestaban. Una vez fue a verlo el político del PRI. Iba muy peinado, de pantalones de mezclilla y camisa blanca planchada. Abrí y me quedé a escuchar la plática. "Mire, don Liborio, pues este año me lanzo para una diputación. Ya sabe, para defender a los vecinos, para hacer algo por Juárez. Pocos son los que quieren trabajar por nuestra ciudad", bla, bla, bla. Quería dinero. Liborio se lo dio al instante y el tipo no quiso cargarlo. Abría los brazos con las palmas hacia abajo como diciendo que no tenía en dónde esconderlo. Se reía nervioso. Nosotros gastábamos sólo los billetes de veinte dólares; en la casa había fajos y fajos de cinco mil dólares por todas partes. Liborio le extendió una bolsa bien cargada.

—Vengo después. Es usted muy generoso, don Liborio. Ya sabe que estamos para servirle, don Liborio. Nomás dígale a alguien que me llame y aquí estamos, don Liborio, para servirle. Nada más que usted no me conoce... —le dijo.

Liborio lo paró en seco.

—No, usted es el que no me conoce —respondió.

Se hizo un silencio incómodo, y el político se puso rojo, azul, verde, amarillo y blanco de miedo. Liborio esperó a que se pusiera de colores; soltó una carcajada y le dio varias palmadas, fuertes. El otro se puso a reír de nervios, con los güevos en la garganta.

—Ya vengo —dijo. Salió corriendo. Sí regresó.

Como me daban por muerta por rumbos de mi tierra, en ese tiempo decía que me llamaba Ana Labrada. ¿Quién iba a preguntar mi apellido de verdad? ¿Para qué? A Liborio le gustaba que usara el "Labrada". "Es mejor que el tuyo", decía. En realidad le gustaba cómo se escuchaba mi nombre de matrimoniada. ¿Entonces por qué no nos casamos?, pensaba yo. Una sola vez se lo pedí y se puso muy bravo. No hubo tiempo para insistirle. Después sucedió lo que sucedió.

El día en que se nos atravesó el chamaco drogado, Liborio venía muy cansado porque llevaba seis horas manejando sin detenerse ni por unos burritos. Comimos en el carro; puras cochinadas. No dije una sola palabra, no me quejé. Entendía muy bien esas prisas. Llegamos a la casa de Las Margaritas y apenas nos íbamos a bajar del carro cuando apareció el muchacho pendejo. "¡No se muevan", nos gritó. Liborio no se dejaba sorprender fácilmente. Andaba despacio, como zorro. Sí lo vio, por supuesto, cuando llegamos. No pensó que el pendejete se iba a lanzar a robarnos.

—Nada más deja me salgo del carro... —dijo.

—¡No! —gritó el chamaco, en el mismo segundo en el que Liborio abrió la puerta de un solo golpe y le dio en el estómago. El jovencillo cayó al piso sin perder la pistola. Se le salió un

tiro que pegó en la llanta de atrás, del lado del piloto. Liborio trató de atraparlo, pero el muchacho corrió y corrió. Parecía liebre. Lo dejó ir.

Nos metimos a la casa. Apenas se bañó y comió algo que nos había dejado la muchacha que nos ayudaba, Liborio se tiró en la cama.

—Estoy cansado —dijo.

Le quité los calzones y le dije que estaba engordando.

—¿Tú quién te crees para decirme gordo? Chingada madre... —respingó.

Me solté riendo y le extendí un Buchanan's en las rocas. Se lo tomó de un trago y me hizo un gesto para que lo acompañara.

Me pareció extraño que Liborio no comentara el incidente. Por mucho menos lo vi dar manotazos, gritar, encabronarse. Quizás el cansancio, me dije.

Sin embargo sí pensé que la casa no podía quedarse sola si salíamos de viaje. Cuando él no estaba me asignaba una o dos unidades de la Policía Judicial a las puertas y a mi servicio. Pero cuando los dos nos íbamos a la sierra, por decir, la casa se quedaba sola porque a él no le gustaba, aunque se tratara de su hermano, que movieran sus cosas o que estuvieran a solas con sus pertenencias. Pensé: necesitamos por lo menos un perro.

- —Compremos un perro —sugerí.
- —No es mala idea. Prefiero a los perros que meter gente a la casa.
- —¿De verdad? —le dije contenta—. ¿Me dejas comprarme un perro?

- —O dos. Una pareja para que no esté solo cuando salgamos.
  - -Sí, déjame tener un perro.
- —Después. Yo lo busco. Unos dóberman; esos son bravos como la chingada.
- —Esos desconocen a sus dueños —le dije. Y sí había escuchado historias de perros dóberman que desconocían a sus dueños.
  - —Huelen la mala sangre —me dijo.
  - —¿La mala sangre?

Nos quedamos un minuto en silencio, y Liborio empezó a roncar. Venía muy cansado.

Liborio se despertó feliz. Fuimos a visitar a unos amigos y después nos dirigimos a El Paso. Teníamos pasaporte mexicano y la visa, la border crosser. No lo usábamos mucho; sólo para ir de compras. Yo me llamaba "Dinorah Solís" y él "Noé Toledano". Cuando estábamos del otro lado, una o dos veces al año, pasábamos un día entero comprando cuanto se nos antojaba. Yo me daba vuelo con la ropa y una que otra joya. Nunca me gustó andar enjoyada. Sólo un buen reloj; una buena esclava de oro; arracadas pesadas, de oro también, porque a Liborio le gustaban. "Me gusta cuando me tocan la panza", decía. Y sí, le gustaba cuando mis arracadas le tocaban la panza.

También nos gustaba subir a la montaña Franklin. Desde arriba veíamos el valle de Nuevo México y Chihuahua que se extiende hasta Palomas y Columbus. Me gustaba abrazarlo y soñar que volábamos.

-¿Qué haces? —me decía, haciéndose a un lado. No lo critico. Así era él.

Cuando terminábamos las compras nos quedábamos en la casa de El Paso. Liborio la había comprado años antes y estaba a nombre de uno de los suyos, el comandante Ramírez. Tenía alberca y como seis recámaras; era de tres pisos. Tenía una cochera grande, grande, que a mí me daba mucho miedo. Siempre que me quedaba sola en la cochera escuchaba voces de niños. Liborio me decía que estaba loca.

- —¿Cómo vas a escuchar voces de niños? Esta casa es nueva. Nadie la ha ocupado más que nosotros. ¿Cómo vas a escuchar voces? Estás loca.
- —Te lo juro, Liborio. Oigo voces de niños que lloran.

-Estás loca.

También allí vivimos felices, pero a él no le gustaba estar del lado gringo. Se sentía más seguro en México. A veces nos quedábamos unos días allá; acomodábamos las compras en varios bultos y alguien más iba por ellos y los cruzaba a Ciudad Juárez. Él era muy precavido. No se exponía a lo pendejo. ¿Se imagina si nos detienen por pasar fayuca? Ni lo mande Dios. Mientras Liborio hacía llamadas nos encontrarían los pasaportes falsos. No, hombre, para qué. Mejor le pedía a alguno de los muchachos que fuera por las compras y que

pagara unos dólares en la aduana. Era una rutina que repetíamos unas dos veces al año, como digo.

Aquella vez, antes de cruzar a El Paso, Liborio llamó desde la casa de Juárez. No escuché la conversación porque me estaba bañando. Sólo alcancé a oír cuando decía: "...Sí. Llévalos al cerro".

Despertamos en El Paso y fuimos a un IHOP a comer hot cakes. A mí me gustaban los hot cakes con miel y tocino. A medio día pasamos al Red Lobster y, como ya era costumbre, compramos veinte langostas preparadas para llevar. Con esas sí volvíamos a Juárez; comprar veinte langostas asadas no es ningún delito. Ya en casa, yo las envolvía en papel aluminio y las metía al congelador, y cada vez que se le antojaba una o dos o tres las descongelaba y se las servía con mantequilla. Peda segura. Nos tomábamos dos botellas de whisky y a la cama. Se ponía cachondo. Me decía que las langostas son para ponerse cachondo. Del mar, sólo había probado camarones de lata.

De regreso en la casa de Ciudad Juárez, sonó el teléfono. Liborio contestó. "¿Sí?". Colgó casi de inmediato y me dijo que dejáramos las cosas como estaban.

—¿Y las langostas?

—¡Que dejes las cosas como están! —gritó. Al instante se quedó pensativo y me pidió, más sereno, que me diera mi tiempo, que las envolviera "o lo que sea que haces con ellas, y

guárdalas, porque cada una que nos comamos será como una celebración".

- —;Una celebración?
- —Ya verás —dijo. Y nos fuimos.

Cerca del Cerro Bola, casi en la frontera con Nuevo México, Liborio tenía una casa muy humilde que usaba de vez en cuando para trabajar. Llegamos, y estaba llena de patrullas. Me puse muy nerviosa. "Liborio...", le dije, y él aceleró. Le noté esa mirada rara que le salía cuando estaba muy, muy, muy encabronado. Hacía los ojos chiquitos, como cuando no ves bien, y apretaba los dientes. Detuvo el carro violentamente, levantando polvo en la calle de tierra. Se bajó con la pistola en la mano. Salieron unos diez agentes y lo recibieron. Yo seguía en el carro. Uno de los policías se adelantó.

- —Liborio...
- —¿Dónde están? —respondió él sin verlo, dando zancadas hacia la casa.
  - —Adentro.
  - -¡Ven! -me gritó. Bajé corriendo.

Había unos quince chamacos esposados y vendados de los ojos. Unos lloraban muy en silencio y otros tenían la cabeza agachada. Estaban muy golpeados y llenos de tierra. Tenían aspecto de cholos o de drogadictos.

Cuando Liborio entró se hizo un silencio. Caminó y fue observándolos. Quitó las vendas de uno, y dijo: "Este cabroncito es...".

Dos policías le quitaron las esposas y le dieron de golpes. Él les gritó:

—¡¿Qué están pendejos?! Déjenlo en paz.

Se acercó al chamaco, quien temblaba sin verlo a los ojos. Empezó a llorar y algo quiso decir, pero Liborio le puso la mano en la boca. "Cállate", le dijo, casi con ternura. Se encaminó a los otros con calma. Preguntó:

- -¿Quién estaba contigo? Otro cabrón te estaba cuidando. Quiero saber en este instante quién era.
- —El de camisa roja. Se llama Joaquín, y yo me llamo Moisés —contestó el muchacho parado en medio del cuarto.

Liborio jaló del cabello al de camisa roja. Volteó a ver a los agentes y les hizo una seña. A empujones sacaron a los otros de la casa y se los llevaron en las patrullas.

Sacó la pistola del cinto. Se acercó al de camisa roja y le disparó en la cabeza. ¡Pum! Todos dimos un brinco. El cuerpo cayó redondo sobre el piso de tierra. El muchacho ni siquiera se dio cuenta, porque nunca le quitó ni las esposas ni la venda.

Escuché un llanto. Era el raterillo. Hasta entonces lo reconocí: "Tú eres el de la otra noche. Pendejo. Tú quisiste asaltarnos, ¿qué no? ¿Estás contento ahora? ¿Dónde está tu pistolita, pendejo?", le dije. Me entró el coraje. "¡¿Estás contento?!", le grité. Le di dos bofetadas y Liborio me dijo: "No le pegues".

Entró un agente. Era el que había saludado a Liborio al llegar, el tal Refugio Ramírez.

- —Usted dice, don Liborio. ¿Le damos piso al chillón? —preguntó.
- —No. Llévese a los otros y suéltelos en el cerro. Ya vienen para acá los muchachos y se harán cargo del muertito. A este me lo deja aquí. Le voy a dar la lección de su vida. Una sola —dijo, viendo al raterillo chillón.
  - --Como diga.
- —Después te llamo para que recompenses a tu gente. Ya sabes.
- —No se preocupe, don Liborio. No es nada. Estos culeros rateros son una plaga; pinches malillas. Con gusto le traje a todos los del barrio.
- —Salúdeme a su familia —cortó a Ramírez.

El comandante salió. Liborio vendó los ojos del chamaco, que no dejaba de llorar.

—Deja de llorar, que te van a hacer falta las fuerzas, muchacho —le dijo.

Sacó una silla. Amarró muy bien al raterillo en ella con rollos y rollos de cinta de la que se usa para los conductos de los aires acondicionados, y para asegurarse le puso esposas de policía en las muñecas y en los tobillos. A los dos minutos llegaron los muchachos y les ordenó:

—Este se queda aquí. Si pide agua, le dan un chingazo. Si quiere ir al baño, le dan un chingazo. Si pide comida, le dan un chingazo. Sólo déjenlo llorar. Se lo merece, el pobre. Llévense al muertito y tírenlo donde no lo encuentren. A este me lo dejan aquí en custodia. Nadie tiene permiso de hablarle.

Liborio me acarició el cabello y dijo: "¿Se imaginan que uno de estos pendejos toca a Ana? ¿Se imaginan? Los hago pedacitos".

Salimos de la casa del cerro. Liborio iba contento. Tomó el celular del auto y dio una última instrucción.

—Raúl, procura que los muchachos coman en la casa de la loma. Que el raterillo huela la comida, ¿me entiendes? No le den ni una gota de agua. Si habla, cachetada. Si se queja, cachetada. No quiero que lo golpeen ni que lo ofendan. Sólo ignórenlo. Te llamo en un par de días, hermano.

Y colgó.

## Éramos una misma persona

—Por favor... señor... por favor...

Cachetada.

—Por favor, no sabía...

Cachetada.

—Por fa...

Cachetada.

\_\_\_...

Cachetada.

Liborio me ordenó: "Sácate las langostas y las cervezas del carro, que vamos a comer". Ese día me contó que hay un pueblo en Baja California en el que se comen las langostas con frijoles negros y tortillas de harina.

- —Una cochinada —me dijo.
- ---¿Frijoles negros? ¿Hay frijoles negros?
- —Sí. Saben raro.
- —¿Langostas con tortillas de harina y frijoles negros? ¡Qué asco, Liborio! —contesté, como si supiera algo. En realidad se me antojó.
- —Así como lo oyes. Y también le ponen mantequilla.
- —Por fa... —intentó decir el raterillo chillón.

Cachetada. Le quitó la venda de los ojos. Era un mocoso de unos veinte años. Liborio mojó una servilleta con la mantequilla derretida que traíamos para la langosta, y se la puso en los labios. En Ciudad Juárez la mantequilla se derrite en cuanto la sacas del refrigerador.

—Los traes muy partidos, muchacho. Es por falta de agua.

Los siguientes días comimos allí, aunque apestaba a mierda. El muchacho ya no hablaba. Se mantenía con la barbilla pegada al pecho.

Yo salía de nuestra casa con comida preparada en tupperwares. Como si fuéramos a un día de campo. Me llevaba tres langostas, mantequilla, unas verduras asadas y otras para hacer una ensalada; cervezas en una hielera y hasta un whisky; pimienta, sal, servilletas, lo necesario. Magdalena me preparaba un arroz blanco para acompañar con las langostas como si fuera pan. Eso decía Liborio: "Es como comer con pan. ¿Sabías que los chinos usan el arroz blanco como tortillas o como pan? Qué vas a saber tú. Es el pan de los chinos".

En Cuauhtémoc no había buena comida china. Mis papás nunca nos llevaron. Pero en Ciudad Juárez sí, y nos gustaba juntarnos con amigos en los restaurantes chinos, porque hay varios. Y los atienden chinos. Cierta vez un amigo de Liborio contó que los chinos llegaron a Ciudad Juárez porque construyeron el ferrocarril. Antes de la Revolución.

No me lo contó a mí, sino a toda la mesa. Liborio nunca le habría permitido que se dirigiera sólo a mí.

- —Antes de la Revolución —dijo Liborio—, llegaron a Ciudad Juárez un chingo de chinos cochinos porque construían el ferrocarril de don Porfirio Díaz.
- —Por eso hay tantos restaurantes chinos en Juárez —dijo el amigo.
- —No —corrigió Liborio—. Los que estaban aquí huyeron porque los corrió Pancho Villa. Pinches chinos cochinos. Los de ahora vinieron de Chicago hace un chingo de años, después de un temblor.
  - -;Hubo un temblor?
- —Hubo un temblor muy fuerte y los chinos güevones se vinieron de Chicago para no trabajar —me explicó—. Se trajeron también un chingo de heroína.
  - -;Heroína?
- —A los que la andaban moviendo, la Nacha los corrió a balazos de Juárez.
  - —¿La Nacha?
  - —La Nacha González.
  - -; La Nacha González?
- -¿Pues tú de qué sabes? ¿Nada más de mamar verga? —me dijo Liborio. Nos soltamos riendo todos, menos el mesero que servía el chop suey. Liborio nunca se lo habría permitido.

Despertó al raterillo chillón con agua fría de la hielera. Le dijo:

—¿Estás listo? Porque ya te vas.

El muchachillo tenía la mirada perdida, los labios blancos y tan partidos que sangraban. Parecía que le salían pétalos blancos y rosas de la boca. Ahora sí olía realmente a mierda. Parecía que todas las moscas de Ciudad Juárez se habían congregado para devorarlo vivo.

- —No podemos comer aquí —dije.
- —No. Llévate las langostas al carro y regresa.

Liborio desató al muchacho, quien se fue al suelo sin poner las manos. Le dio dos cachetadas; abrió una cerveza y se la roció en la cara. Lo arrastró de los cabellos hasta dejarlo a unos cinco pasos de la puerta.

- —¿Cómo dijo que se llamaba? —me preguntó.
  - —¿Moisés?
  - —Vete, Moisés —le dijo.

Me pareció que el muchacho lo veía de reojo sin mover un dedo, con la respiración entrecortada. Estaba muy mal, muy mal.

- —Si te quieres ir, puedes irte, Ramiro —dijo.
  - -Moisés.
- —Moisés o tu chingada madre, puedes irte.

El muchachillo no tenía fuerza ni para llorar. Mucho menos para ponerse de pie.

-Vámonos - me dijo. Y nos fuimos.

Unas horas después, Liborio mandó gente a la casa del cerro por el cuerpo del raterillo chillón.

—Tírenlo cerca de su casa. ¿Saben dónde vivía? ¿No? Bueno, cerca de nuestro barrio. Que se entere el vecindario que eso le pasó por ratero. Que sepan que no se pueden meter con la gente de bien. Y que de una vez sepan que ese es el barrio de Liborio Labrada, y en donde pisa Liborio no se paran ni las moscas.

Nunca olvidaré esos días. Nos manteníamos de la mano. Éramos una misma persona. Comer a diario junto a aquel muchacho nos unió de una manera extraña. Cómplices éramos, pero dimos un paso más; nos acercamos más.

Los años que pasamos en Juárez fueron buenos. Pocos, e intensos. Allí planeé darle un hijo. No me atreví a decírselo porque me habría mandado a la chingada. Simplemente hice un plan, y lo eché a andar. Me embaracé en Mazatlán, cuando conocí el mar. En esos días le hice dos preguntas para medirlo: si me quería, y por qué no nos casábamos. Me respondió con dos gruñidos.

Cuando llegamos a Mazatlán teníamos meses huyendo por la sierra de Chihuahua. Habían matado a un jefe en Juárez, a El Chiquito. Eso desató la guerra entre dos grupos de Sinaloa. Los de Badiraguato querían que Liborio se quedara a cargo; los de Navolato se volvieron enemigos y compraron al comandante Ramírez con un chingo de dinero. Pinche Ramírez corrupto; nos dio la espalda y hasta se quedó con la casa de El Paso, dicen.

Pero esas son historias en las que no me meto. Yo qué sé. No sé nada. Soy mujer: estoy para otras cosas. 3

#### Yo os haré descansar

La última voz que se escucha antes de morir no es la propia, como dicen. O no fue así para Esperanza.

En los minutos finales, cuando jaló la bocanada de aire que se le fue lentamente, sólo pudo oír a los otros. Ni siquiera el ruido de su respiración. Sólo el llanto de los otros, la oración de los otros; a los otros en desorden y sin rumbo. La ola más brava de un mar picado la llevó a lo profundo sin dejarle fuerzas para regatear un último pensamiento para sí misma. Así se apagó: en el ruido de los otros.

Escuchó que su familia estuvo de acuerdo en que era una verdadera hija de Dios. Lo dijo primero Víctor, su esposo, el viudo, a unos pasos de su cuerpo caliente. Esperanza lo escuchó en lo profundo y no fue su voz la que protestó; no fue ella, o su alma, o su conciencia los que consideraron tal afirmación una burla. Fue su cuerpo. Entró en un espasmo cuando la daban por muerta. Sus músculos se tensaron y luego se fueron aflojando, pero no de golpe, sino como un pedazo de hielo sobre la banqueta ardiente de un verano en Ciudad Juárez. Toda ella pasó de sólido a la nada.

Al final escuchó una voz por sobre todas. No era de ella ni de los otros. Tampoco estuvo segura de si era La Voz que esperamos en vida para después de la vida.

Fue una voz y una sola palabra: "Despierta".

Y a partir de ese punto, lo demás es gabazo, *scrap* de las maquiladoras. Su cuerpo y su pensamiento se volvieron como una planta gris de algodón después de haber sido despojada de sus motas.

Después de aquella voz que le dijo: "despierta", el cuerpo, oficialmente, se empezó a podrir.

- —Una verdadera hija de Dios —dijo Víctor.
- —Una santa —agregó entre sollozos Max, hermano de la difunta.
- —No, Max. Santo sólo hay Uno. Esperanza está con Dios porque fue una hija obediente de Dios. No una santa.
- —Una hija de Dios —corrigió Max, limpiándose el rostro.

Sobre el piso aplanado de tierra, Víctor, su suegra, Max y las cuatro hermanas se tomaron de la mano y cerraron los ojos con la cabeza elevada al cielo. "Lo que Dios da, Dios quita. Sólo Él sabe todas las cosas. Alabado sea Jehová de los ejércitos que hizo los cielos y la tierra. Alabado sea Su Nombre", oró su esposo. Se abrazaron. "Está con Dios", dijo la madre. "Amén", contestaron uno por uno los presentes.

Afuera de su casa, los hermanos de la iglesia seguían los eventos hincados en la tierra, sobre el pasillo largo en el que cabían carros y que separaba la iglesia de la casa de la familia de Esperanza.

Víctor salió a los congregados. Abrió su Biblia donde marcaba un separador y sin decir una palabra propia, entre sollozos y oraciones ajenas, leyó Mateo capítulo once, y con el auxilio de los seis versículos finales anunció la muerte de su esposa:

En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, que hayas escondido estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las hayas revelado a los niños.

Así, Padre, pues que así agradó en tus ojos. Todas las cosas me son entregadas de mi Padre: y nadie conoció al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoció alguno, sino el Hijo, y aquel a

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar.

quien el Hijo lo quisiere revelar.

Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.

Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.

Un médico que asistía con eventualidad a la iglesia, un simpatizante que después de esos eventos renunció a su profesión y se entregó al apostolado, les extendió gustoso el acta de defunción. "Paro cardio-respiratorio debido a complicaciones de parto", puso. También fue preciso que extendiera otro documento para certificar la muerte de la niña que cargaba Esperanza en su vientre y que murió, dentro de ella, sin ver la luz.

Las recogió el servicio forense y les aplicó la autopsia de ley. No encontró razones para dudar de las actas extendidas por el especialista y entregó el cadáver con el nonato adentro de Esperanza, porque fue defendido como tal, como un nonato.

En el servicio funerario hubo mayores complicaciones. Ella se hinchó casi al doble de su cuerpo y tuvieron que hacerle con toda rapidez un ataúd especial porque la familia fue clara: no podrían tocar el cadáver. El preparador, un hombre mayor, se las ingenió para sacarle la sangre sin que se dieran cuenta y luego salió a decirles que el rostro de Esperanza era impresentable; que debían velarla con el ataúd cerrado.

- --¿Impresentable? --preguntó Víctor.
- —Sí, impresentable, señor.
- —¿Qué significa impresentable?
- —Quedó con el rostro desfigurado, señor. Con el rostro con el que murió.
  - -¿Cómo quedó el rostro?
- —Como murió. Tiene los ojos abiertos, la boca abierta como si gritara, señor. Es un rostro tétrico e impresentable.
- —Queremos un ataúd abierto porque todos somos hermosos a los Ojos del Señor.

—El rostro está impresentable —insistió el preparador—. Lo que puedo hacer es arreglárselo un poco; cerrarle los ojos y la boca; quitarle ese gesto grotesco de dolor...

—¿De dolor?

—...Y pintarla un poco, ponerle maquillaje.

—No —respondió el marido.

-¿Cómo que no?

—No. Ella fue hermosa ante los Ojos del Señor. Nunca usó maquillaje, ni desodorante, ni champú ni nada de eso que ofrece el mundo carnal.

—¿Qué?

—No. Así la velaremos. Con el ataúd abierto, y sin maquillarle nada.

El preparador pensó: "Otros fanáticos". Víctor, como si lo escuchara, le dijo:

—No somos fanáticos. Vamos a mostrarla como murió; hermosa como era ante los Ojos de Dios. Fue una hija de Dios. Sólo péinela. Y nada más. Estará únicamente la familia más cercana. No tiene por qué preocuparse.

—Únicamente el gerente puede autorizar esto. El cuerpo incluso ya huele mal. Yo me lavo las manos.

Víctor pensó en Poncio Pilatos y le dijo algo que el preparador no entendió:

—No me extraña que se lave las manos.

El cuerpo fue expuesto en el velatorio de las doce del mediodía hasta las tres de la tarde por orden del gerente de la funeraria. "Y ni un minuto más", dijo. La sacaron al panteón en una carroza, seguida por tres carros y una camioneta verde.

Max fue el último en verla con el ataúd abierto. Le pareció que la garganta quería gritar y que la lengua se lo impedía. Los ojos opacos y casi sin pupila también estaban abiertos. No hubo cantos ni oración. A los niños no se les permitió verla. Ni siquiera a Moisés, hijo de Esperanza y Víctor.

Y sí, tenía un gesto de enorme dolor. "Y de tristeza, como de espanto", pensó Max. No lo compartió con nadie.

Con esa imagen tatuada en las pupilas, en las palmas de las manos, en el rostro de los otros y en sus sueños de diario viviría Max el resto de sus días, que afortunadamente no fueron muchos a partir de esos eventos. Recordará también los ojos de angustia de su sobrino Moisés cuando se le acercó, después del velorio, para preguntarle:

—Max, ¿quién me dará de comer si mi mamá está muerta y la abuela está ya tan viejita?

Max tomó con ambas manos los hombros de su sobrino, que era pequeño porque nació prematuro, y mirándolo a los ojos le recitó, también del libro de Mateo:

—Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui huésped, y me recogisteis; desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí. Moisés, escucha bien: Dios proveerá cordero para el sacrificio.

Pero Moisés no quedó satisfecho con la cita. Max tampoco. Tragó saliva y cerró los ojos en señal de consternación.

## El pecado de Magdalena

Magdalena vio la agitación frente a la casa de los Labrada y decidió no llegar. Se mezcló entre los curiosos que hacían comentarios en voz baja y señalaban con el dedo la escena. Observó un cuerpo cubierto con una sábana blanca y una jaula con dos cachorros sobre la banqueta. No fue complicado que identificara, en su entorno, a Refugio Ramírez: el comandante era un invitado regular de Liborio Labrada, como varios de los reporteros y policías que aparecieron esa mañana. Además había vecinos, gente amable con la que no hablaba pero que la saludaban de lejos.

El comandante ordenó en una carcajada, agarrándose los güevos con ambas manos: "Pongan a esos perros bajo arresto; llévenlos a mi carro".

Tenía una enorme curiosidad por saber en dónde estaban sus patrones. Vio que los agentes se habían metido hasta el patio delantero y colocaban un sello grande en la puerta principal, que decía: "ASEGURADO". Se preguntaba si había más muertos y en eso sintió una mano en el hombro.

—Tú eres Magdalena, ¿verdad? —le preguntó un hombre alto. Era un vecino.

- -Sí, señor respondió temerosa.
- —Pues vete. Mejor vete. No vayan a querer inculparte de algo. Ana y Liborio se escaparon; trataron de detenerlos. Vete, anda. Corre.

Entonces Magdalena se cubrió el rostro instintivamente; se dio la vuelta y se puso a caminar.

Otra vez sintió que le tocaban por la espalda. Esta vez era un policía. La sangre se le agolpó en la nuca.

- —¿Qué no trabajabas tú con los Labrada? —le preguntó. El agente, a quien ella reconoció, recordaba su rostro.
- —No, señor —los negó sin remordimiento y sin que le temblara la voz. Dio media vuelta y dio unos pasos.

El policía le insistió:

--;Segura?

—No, señor —dijo sin aflojar el paso y sin voltear.

Sentía el pecho oprimido, debilidad. Se detuvo en una tienda, compró una Coca Cola y se la tomó de golpe. Siguió hasta llegar a la Avenida 16 de Septiembre y allí se subió al primer transporte público que se detuvo. La llevó al centro de la ciudad. Deambuló por las calles llenas de charcos pestilentes, moscas y vendedores ambulantes. Pensaba en Moisés, en su madre; en Ana y en Liborio.

No lo sabía a esas horas, pero su vida estaba por dar un vuelco.

Moisés apareció muerto unos meses antes de que la policía intentara arrestar a Liborio. Al ver el cadáver del veterinario en la banqueta el día en que los Labrada huyeron, Magdalena revivió la escena de la morgue; cuando debió ir, junto con Max, a identificar el cadáver de su prometido.

Muchas veces le había preguntado a Dios por qué Moisés había pagado por los pecados de ella. Sentía gran condenación y su alma no descansaba. A diario oraba y repetía: "El fruto del pecado es la muerte; pero no la muerte de él, de Moisés, Señor. Hazme pagar a mí, la pecadora soy yo".

Días antes de que Moisés y ella se convencieran de robar a los Labrada, él enfermó de una gripe que lo mandó a la cama. Magdalena le pidió a su madre que lo aceptara en casa para cuidarlo, para tenerlo cerca, y la madre aceptó. Lo acostó en un sofá destartalado que tenían en la cocina de su vivienda de dos cuartos, y le preparaba verduras cocidas, tortillas y frijoles. Y té caliente de cáscara de naranja, mucho. Lo enredaba hasta la cabeza con ropa suya y con cobijas y en la mañana, antes de irse a trabajar, le cubría el pecho y la espalda con periódico seco.

—El periódico seco te da calor y se chupa la enfermedad. Vas a ver cómo te alivias pronto —le decía.

Moisés sudaba y el periódico se humedecía y se enfriaba, agravando aún más su salud. A Magdalena le preocupaba que no sanara porque Ana y Liborio habían salido de la ciudad y no tardarían en anunciar, como lo hacían, su regreso. Moisés no sanaba por la presión y los nervios, tal vez. De acuerdo con su plan, robarían la casa de los Labrada muy de mañana; ella esperaría a sus patrones para enterarlos. Sabía que no iban a llamar a la policía por la cantidad de drogas, armas y dinero que estaban regados por los cuartos. Pensaba que darían por perdido lo robado y que tomarían medidas para cuidar mejor la residencia. Como comprarse perros. O cambiar las cerraduras. Eso creía.

Pasaban los días y Moisés no se recuperaba. Magdalena modificó su plan: le pediría ayuda a alguno de los muchachos del barrio, de la colonia Las Margaritas. Pensaba específicamente en un jovencito, casi adolescente, que empacaba las compras en el supermercado. Ella iba seguido a ese supermercado y había entablado una relación superficial con él; no pasaban del saludo. Cierta vez Ana Labrada le pidió que consiguiera unas cajas de cartón y fue con aquel joven para que se las vendiera. Le ofreció un dólar por las cajas y el muchacho no le cobró. "Para la otra", le dijo. Eso selló una cercanía discreta.

Días antes de que llegaran sus patrones a Ciudad Juárez, presionada porque Moisés seguía enfermo, fue al supermercado.

—Quiero pedirte ayuda, Joaquín; es una cosa muy chiquita —le dijo.

—A quién vamos a matar —contestó el chamaco. Jugaba. Magdalena se soltó riendo. Los dos rieron.

Le explicó que preparaba una fiesta sorpresa para sus patrones por encargo de la familia. "Todavía no sé cuándo llegan. Yo te aviso. Pero tu trabajo es pararte en la esquina junto al teléfono público y avisarme si llegan los patrones. Llamarme a su casa si aparecen. Así yo puedo prender las velas del pastel", dijo. La simpleza de su plan la asombró. "Es perfecto", pensó.

Magdalena debía entrar a la casa de los Labrada el mismo día en que ellos llegaran porque iba a diario; se les haría sospechoso que no diera parte de un robo.

Ana la llamó por la mañana para decirle que llegaban al día siguiente. Era una rutina, algo común que la llamara. Siempre le daba casi las mismas instrucciones: "Ponme arroz y frijoles; arregla la ropa de los dos; pon la tina con agua caliente a tales horas", etcétera. "Sí, señora", respondió Magdalena, como lo hacía cada vez.

Salió, se encaminó al supermercado, vio al muchachillo y le dijo: "Nos vemos hoy mismo por la tarde; van a llegar los patrones". Y fijaron la hora.

Se fue a su casa. Cuando llegó, se sorprendió al ver a Moisés de pie, con un tazón de sopa aguada en la mano y enredado en una cobija.

—¡Moisés! —le dijo.

—Dios me sanó —contestó él. —¡Qué alegría!

¿Qué haría sin los Labrada, sin Moisés, con tanta angustia? No sabía. En eso ocupó su mente gran parte de la mañana y sin darse cuenta recorrió el centro de Ciudad Juárez. Se le mancharon los zapatos, la ropa. Olía a fritangas y a lo que huele el mercado en esa zona: una mezcla de podredumbre, humo de carbón y frutas.

Era mediodía cuando tomó un camión, luego otro, y como hipnotizada regresó a Las Margaritas, a la casa de los Labrada.

Habían recogido el cuerpo, ya no estaba la jaula de los perros. La puerta del patio delantero estaba abierta y la de la casa, la principal, tenía el enorme sello que la policía había colocado horas antes.

No levantó la vista. Simplemente caminó firme hasta llegar a la puerta de la casa. Vio el sello de cerca y se dirigió hacia un pasillo lateral. Llegó al patio trasero y reparó en que la puerta estaba abierta, como la habían dejado los Labrada antes de escapar.

Los agentes entraron hasta la puerta delantera y nada más; nadie se atrevió a penetrar en la propiedad más allá del jardín. Liborio Labrada era un hombre temido. Nadie querría comprarse su enemistad, aun cuando el comandante Refugio Ramírez lo perseguía. Magdalena entró a la casa. Vio que por los pasillos, la recámara y la sala estaba regada ropa y muchos fajos de billetes de cien dólares. Le entró un cansancio profundo, un sueño inusitado que la obligó a doblar las piernas. Se recostó en el piso, junto a la cama sin colchón de los Labrada. Se quedó profundamente dormida y tuvo un sueño extraño que no olvidará: vio a dos perros, enormes y negros, que grunían y babeaban. "Son dos demonios", dijo, y voltearon la cabeza hacia donde estaba ella. Despertó sudando y con un dolor terrible de cabeza. Intentó incorporarse, pero tenía las piernas adoloridas; le hormigueaban.

Se acomodó en el suelo y cerró los ojos. Soñó que Moisés estaba con ella y le pedía un plato de verduras "con aceite de langosta".

Frente a la casa de los Labrada, Magdalena cambió una vez más el plan. Moisés y Joaquín, el empleado del supermercado, la acompañaban. Les dijo que la esperaran en la cabina de teléfono de la esquina; entró a la casa y regresó con un bulto de papel periódico. "Toma", le dijo a su prometido. Él intentó abrirlo y ella se lo impidió. "Sólo si estás en peligro".

El otro joven, vestido con la camisa roja del supermercado, miró a los ojos a Moisés, luego a Magdalena, y preguntó:

—¿Una fiesta sorpresa?

—Una fiesta sorpresa. Te voy a dar cincuenta dólares por el favor. Ahora vengo —respondió ella, y corrió hacia la casa.

Moisés todavía estaba mareado por la enfermedad de los días previos. Abrió el bulto de papel periódico en cuanto Magdalena se encaminó lejos de él: guardaba una pistola. Una pistola de Liborio Labrada. Volteó alarmado, pero ya no vio a Magdalena. En eso, un auto se paró justo frente a la casa. Eran los patrones. Moisés corrió sin pensarlo y sacó la pistola.

—¡No se muevan —apuntó. Hubiera preferido decir malas palabras para darles miedo.

Magdalena vio la escena desde la ventana. Moisés se dio a la fuga.

Ella corrió dentro de la casa y se escondió en un closet. Allí duró dieciséis horas completas sin mover un cabello.

Moisés tiró la pistola en un bote de basura y ese mismo día, ya noche, lo detuvieron agentes de la policía en los alrededores de la casa porque pensaron que era un ratero común. Muy preocupado por Magdalena, caminaba y caminaba esperanzado en que saliera y que todo terminara en un susto. Pero no, no terminó en un susto. Fue mucho más que un susto.

Magdalena supo todo el tiempo que Moisés estaba en manos de Liborio. Con sus manos preparaba, a diario, las langostas y las ensaladas que se llevaba Ana a la hora de la comida, y oraba: "Dios mío, haz que estas langostas le den fuerza, que lo mantengan con vida". Conteniendo las lágrimas preparaba cada langosta con gran amor; estaba convencida de que eran para él, para su Moisés, a quien Dios salvó de una muerte segura cuando estaba en el vientre de su madre para que diera testimonio de Su Bondad.

Pensaba que lo iban a soltar. Así pasaron los días. Y un día, por el murmullo en la colonia se enteró que Moisés había aparecido esquelético, amortajado, muerto.

Vio cómo lo levantaron los empleados de la morgue municipal. Lo vio de lejos. No se acercó porque habrían descubierto, curiosos, vecinos y ayudantes de los Labrada, que era el hombre que ella amaba.

## El rostro de los que se tienen que morir

No me apendejé. Tampoco estaba entretenido en el póker como vicioso. Un hombre como yo duerme con sus armas bajo la almohada. Que qué me pasó, preguntará. Que cómo fue que me agarraron. Pues tendrá que averiguarlo. Yo le cuento hasta donde me gusta contar. No me voy más lejos porque así aprendí desde chavalo. "En boca cerrada no entran moscas", decía mi padre. En boca cerrada no entran moscovitas, le contestaba un amigo que se cagaba en los comunistas. Eran los años sesenta, qué le voy a decir. Había dos bandos, según recuerdo. O hasta tres o cuatro. Mi padre era un hombre que confiaba en que la injusticia se iba a terminar de chingadazo; odiaba a los gringos. "Ya verás cuando gane la Unión Soviética", decía. Sí, cómo no. De chingadazo no termina la injusticia. La injusticia acaba primero con uno. Puedes durar lejos de ella, puedes pelear contra ella, puedes mantenerla a raya y al final, allí está. La única manera de acabar con la injusticia es armado, ;sabe? Armado. Y aun así, un día la injusticia te gana. Te cansas, sueltas el arma y te derrota. Eso es lo que le pasa a muchos. No creo que sea mi caso, o no sé. ¿Qué importa? Ya estoy bien muerto. Las flores de los muertos tienen la misma sonrisa. Los panteones están llenos de flores con una misma sonrisa. Un muerto es un muerto y no vale una chingada. Si cuando estás dormido te importa poco la vida, ¿se imagina de muerto? Ya qué. Nada importa. El día después de nuestra vida todos somos iguales.

Mi padre fue un hombre confiado, inocente. Un hombre bueno que despreciaba las armas. Cuando estaba joven tuvo la oportunidad de unirse a movimientos sociales en la sierra de Chihuahua y no lo hizo porque eran armados. Yo me habría unido. Me habría lanzado a cazar a esa bola de culeros. Pinches explotadores. Pinches gringos. No me tocó. A mí padre sí. Y no se enroló porque confiaba más en las palabras que en las armas. Me hubiera unido a ellos, a los armados; mi muerte tendría sentido. Pero no; soy un muerto más. Nadie quiere recordar a las personas como nosotros porque estamos en la mitad del camino: entre los buenos y la carroña. Si me dan a escoger, oiga bien, prefiero ser carroña.

Mi padre murió joven, de silicosis. De trabajar en las minas. Minas de tiro y minas abiertas, da lo mismo. Hasta el jal que se respira en los pueblos con la primera tolvanera acaba en los pulmones. Mientras fue minero dirigió el sindicato; era hijo de una familia rica venida a menos. Eso se decía en la casa, aunque estaba prohibido tocar el tema.

Recuerdo que se organizaban huelgas en mi casa. Recuerdo a mi padre muy serio junto

a planos de las minas con otros amigos de él muy bravos, muy entrones. "Este es un movimiento pacífico, recuerden", les decía al terminar las juntas, que a veces se extendían hasta altas horas de la madrugada aun cuando trabajaban al día siguiente. Mi madre también participaba a su manera; a veces opinaba, aunque estaba para servirles frijoles, café o té de hierba de limón y tortillas de harina. Me perdía el final de las juntas porque mi madre nos mandaba a dormir. Yo escuchaba cuanto podía desde el cuarto, no sé para qué chingados. Una vez le gritaron a papá que deberían armarse, que los dueños de las minas no iban a parar hasta dejar al pueblo con los huesos secos.

—Hace mucho que decidí que lo mío no serían las armas —les contestó muy serio. Mi madre intervino para sacudirlos: aunque el sindicato era democrático, tenía un liderazgo, y si ese liderazgo decidía que no se iban a las armas, debían acatarlo. No le respondieron. Se cuadraron.

Mi padre era un hombre muy serio. Veía a los ojos con el ceño fruncido y la trompa parada. "Te escucho atentamente", quería decir. Y tenía una respuesta para todo. Así nos veía a nosotros, sus hijos: con un "tengo respuesta para todo".

No sé a cuenta de qué viene todo esto. Un muerto melancólico da risa. Me doy vergüenza. Me doy tristeza, ¿por qué no? Por eso no me gusta recordar a mi padre. O no me gusta recordar y punto. El que recuerda tiene la cabeza llena de alacranes. Un día amanecí con un recuerdo que me siguió durante semanas o meses. Así sentía: como si los alacranes me picaran en la cabeza. Hasta que dije: ya, basta. Dejé de recordar.

Recordar a la gente muerta es todavía más complicado. Con mis primeros muertitos cerraba los ojos, y, pobres, los hacía sufrir. Les disparaba tres o cuatro veces porque en la primera les pegaba en un hombro o en el estómago o en las manos. Ya después aprendí a tirarles en la cabeza. Un solo tiro con los ojos bien abiertos para no fallar: pun. Y para no hacerlos sufrir. Sólo me concentraba en la frente y les daba: "Toma, perro; te lo mereces". Así no me grababa sus rostros. Después del disparo desviaba la vista porque sí se ponen feos. Los ojos pierden el control cuando les pegas en la frente y cada uno se va por un rumbo. Si no le atinas bien al centro de la frente, uno de los ojos se te queda viendo fijo y llora. Llora sangre. No que sienta feo por ellos: pinches putos, cada uno tuvo su razón. Pero se te queda la imagen grabada aunque lleves muchos muertos. Se te queda el pinche ojo llorando sangre.

El rostro de los que se tienen que morir es igual una y otra vez. No quieren pedir perdón pero lo piden; no quieren rogar misericordia pero la ruegan; no están tristes pero lo están; no te maldicen pero te están diciendo que eres un hijo de la chingada. Por eso es mejor concentrarse en la frente y no en los rostros.

Los rostros te dejan algo y no los puedes olvidar, porque todos los muertos tienen una misma sonrisa. Es un "ya te chingaste, puto. Yo ya me fui". Y tienen razón.

Cuando conocí a Ana me recordó a mi abuela, a quien sólo miré en fotos. Le dije: "Te miras a mi abuela". Y cuando se lo dije me zambullí en un lago de recuerdos. Por eso no me gusta recordar. Me acordé cuando me contaban que murió en un choque de trenes. De niño me seguía esa imagen. Pobre vieja; iba dormida. Murió calcinada. No encontraron ni un hueso de ella. A otros les fue peor, porque los sacaron a jirones de entre los fierros. Por lo menos a ella no la encontraron; para qué.

Ana es el amor de mi vida. Ja: "Ana es el amor de mi vida"; qué pendejo suena. Será el amor de mi muerte.

Estoy muerto porque pensaba que de este lado me iba a reencontrar con ella. Pero no. O será que todavía no la encuentro. Estamos extraviados. Nadie nos da razón de dónde buscarnos. O nos estamos buscando pero no sabemos por dónde empezar. Debimos acordar en dónde reunirnos. Debimos planear el reencuentro. Ay, Ana. A veces nos sentimos inmortales. A veces creemos que la vida es eterna y no planeamos las cosas. Debí decirle: "Ana, amor, cuando estemos muertos veámonos en esta esquina, en este bar, en esta casa,

en este sitio cualquiera del paraíso. O del infierno".

O del infierno, porque fuimos un par de cabrones. Eso fue antes. Ahora, ni el recuerdo queda.

# 6 En un Falcon 1970

La muerte de Esperanza cambió a la familia. No poco sino mucho. La madre arrastró la culpa y se hizo taciturna. Una bolita se le volvió cáncer terminal, de mama. Las cuatro hijas y Max llevaron a la vieja a enterrar y no hubo cantos o alabanza. Ninguno se habría atrevido a empezar un himno porque no sabría si los otros le seguirían; prefirieron irse de largo, como si no fueran cristianos o como si un cristiano no tuviera la ventaja de los cantos en la adversidad.

Porque no estaban viviendo una adversidad cualquiera: era de esas que sólo con ayuda divina se superan. Los hermanos de la iglesia no asistieron al sepelio; explícitamente la familia se negó a que los acompañaran. Pidieron estar en soledad y hubo extrañeza, aunque respeto por la decisión.

Enterraban a la vieja, pero también sepultaban, otra vez, a Esperanza. Eso hacía doble el dolor. Eso permitió que los seguidores del culto no se atrevieran a intervenir cuando ellos pidieron estar solos con el dolor de la vieja.

Max, quien era el más cercano a su hermana muerta, lloró toda la tarde. Y aún lloraría más.

Recordó cuando estaban chiquillos y él miraba a lo lejos los faros de los autos al pasar. Le hipnotizaban. Se podía quedar horas viendo pares de ojos con luz, imaginando qué los movía y, sobre todo, por qué se quedaban a ras del suelo, por qué iluminaban las hierbas y temblaban sin perder su brillo. Max no sabía que detrás de las luces estaban los carros. Nunca antes había visto un carro. A esa edad, cuando vivían a las afueras de Zaragoza, apenas si conocía los carros de mulas.

Max recordaba a su hermana jalarlo del antebrazo a la casa cuando oscurecía. Esperanza repetía, con frases mochas, lo que escuchaba de su mamá. Le advertía que la gente es mala y esas luces, que venían de la gente, también eran malas.

Después del sepelio se fueron a casa de la vieja, en donde vivía Max. Allí se quedaron durante unas horas sin abrir la boca hasta que él decidió tomar la Biblia, su Reyna Valera versión de 1909. La abrió y no azar, sino en Salmos. Leyó:

El que habita al abrigo del Altísimo, Morará bajo la sombra del Omnipotente.

Diré yo á Jehová: Esperanza mía, y castillo mío; Mi Dios, en él confiaré.

Y él te librará del lazo del cazador: De la peste destruidora.

Con sus plumas te cubrirá, Y debajo de sus alas estarás seguro: Escudo y adarga es su verdad.

No tendrás temor de espanto nocturno, Ni de saeta que vuele de día;

Ni de pestilencia que ande en oscuridad, Ni de mortandad que en medio del día destruya.

Caerán á tu lado mil, Y diez mil á tu diestra: Mas á ti no llegará.

Ciertamente con tus ojos mirarás, Y verás la recompensa de los impíos.

Porque tú has puesto á Jehová, que es mi esperanza. Al Altísimo por tu habitación,

No te sobrevendrá mal, Ni plaga tocará tu morada.

Max fue por Moisés muy de mañana. Lo encontró dormido. Le puso una sacudida con ambas manos, como si lo frotara. Lo despertaba cariñosamente.

El muchacho pegó un brinco y dijo algo sobre el despertador y salió al patio. Llenó rápido una cubeta con agua y sin pudor se quitó los calzones y se lavó completo con jabón Zote, que es para la ropa pero en casa de la tía se usaba indistintamente para las manos, el cabello, el cuerpo, los pantalones o las faldas.

Le dijo a Max que estaba listo y saltó feliz a su camioneta, La Verde, que también se usaba para llevar y traer hermanos de la iglesia los días de culto. "Culto" llamaban al servicio religioso. Max tenía el encargo de ir por los feligreses los domingos temprano, los jueves y los

viernes a las seis de la tarde. Eso le daba un estatus mayor, uno de responsabilidad dentro de la congregación. Y le permitía usar la camioneta destartalada para sus asuntos personales.

Un día sería anciano, como su madre o como Víctor, su cuñado, el viudo de Esperanza.

Era la primera vez que trabajaban juntos. De hecho, era el primer empleo que Moisés tenía. A la muerte de Esperanza, su madre, como era hijo único se había decidido que viviría en casa de su tía mayor. No con Víctor, su padre, que era pastor de la iglesia y tenía muchas otras ocupaciones como para enfrentar su viudez con un hijo. Víctor no sabía ni cocinar un huevo, ¿cómo iba a enfrentar tal reto? Sus obligaciones con Dios eran tantas, y así se le reconocía, que recogieron al muchacho. Si la familia no lo hace, lo habrían hecho los demás miembros de la congregación. Moisés pasó así a la tutela de su tía cuando tenía catorce años.

Tras la muerte de su esposa, el hermano Víctor siguió viajando de misión en misión (la iglesia tenía tres: una en La Junta, otra en Ciudad Juárez y otra en Canjilón, Nuevo México), llevando esperanza y la palabra de Dios. El pueblo se lo reconocía. "Pueblo" llamaban a la congregación de los santos.

Las pruebas de santidad que Dios le puso, incluyendo la del embarazo de Esperanza, las había vencido porque él, como cada hermano de la iglesia de Dios, para eso había venido al mundo; para eso había nacido: para dar testimonio de la verdad. Y su testimonio llenaba de vanagloria al pueblo.

Y no fue sólo el tema de Esperanza. Víctor nunca fue con un doctor aunque de joven estuvo preso; no usaba desodorante, champú y la loción ni la conocía. Nunca dio juguetes a su hijo ni permitió que fuera al cine. Víctor ejerció con ortodoxia su creencia en Dios, y eso era sabido en todas las iglesias. Su ejemplo era el ejemplo de los hijos del pueblo.

Víctor, sin embargo, tenía un pasado. Y no era el de su vida de impío, que esa quedó sepultaba con su arrepentimiento y su entrega a Dios. Víctor, ya siendo fiel, había violado a Esperanza cuando Esperanza era menor de edad.

Para darle dignidad a Víctor, le habían conducido al matrimonio. Víctor prometía desde entonces. Era un creyente sólido. Tenía treinta y cinco años cuando desposó a Esperanza, de dieciséis. La boda fue en la iglesia de Zaragoza. La iglesia estaba a un lado de la casa de la madre de Max, de Esperanza y de las otra cuatro hijas. Ellas y Max atendían el edificio —mantener el recinto limpio, administrar las ofrendas— y la congregación se los recompensaba pagándoles la luz y el agua.

Víctor dijo a los ancianos que él oraba cuando llegó Esperanza a tentarlo. Reconoció su debilidad y los ancianos lo perdonaron.

La madre de Esperanza aceptó el argumento y acogió a Víctor como un hijo. Los casaron para lavar todo pecado. La boda fue una

reunión llena de regocijo, pero austera. Nada de festejos. Nada de cosas mundanas. Nada de banquete o vestido blanco. Sólo aquello que Cristo nuestro Señor habría permitido.

La pareja se mudó a casa de la mamá de Esperanza. A un cuartito de bloque de cemento. Para Víctor no fue esfuerzo: sólo movió unos metros sus pocas pertenencias porque vivía, desde hacía diez años, en un cuarto dentro del terreno de la iglesia. Desde que había aceptado a Cristo en su corazón y desde que decidió abandonar la vida en las calles para consagrarse a la lectura de la Biblia, a la voluntad de Dios, se instaló en un catre austero dentro del edificio y allí leyó, decía, por lo menos diez veces seguidas la Biblia antes de atreverse a predicar.

Víctor tenía veinticinco años el día en que Larry González llegó a Zaragoza. Fue él quien lo recibió a la entrada de la iglesia.

- —¡Que Dios le bendiga! —gritó el viajero. Se bajó de un Falcon 1970 de la Ford. Había visto al muchacho pero pensaba que había más gente.
  - —Dios le bendiga —respondió Víctor.
  - —¿Hay alguien en la iglesia, hijo?
  - —No sé —contestó.

Larry González notó que había apenas dos carros estacionados. No batalló para darse cuenta de que Víctor no pertenecía a la misión.

- -¿Robas, muchacho? —le preguntó viéndolo a los ojos.
- —Sí, señor —respondió Víctor. Se sintió acorralado por aquel extranjero de ojos claros. Era domingo por la mañana. Los hermanos de la congregación estaban distraídos en las oraciones y Víctor aprovechaba para robarse las copas de las llantas y los espejos de los dos carros viejos.

Los hermanos escucharon el diálogo y varios ancianos salieron, interrumpiendo la hora de la oración.

—Dios les bendiga. Yo soy Larry González y Dios me ha enviado a ustedes con un mensaje de amor. Él es Víctor y este día entregará su vida al servicio de Dios. Pasen, sigan orando. Nosotros vamos a acompañarlos —dijo Larry.

Víctor los siguió y ese día levantó las manos en alto y lloró cuando le preguntaron si quería ser salvo.

- —¿Quieres ser salvo, hijo? ¿Quieres que Dios reine en tu vida? —le preguntó el predicador, ahora junto al púlpito.
  - —Sí, sí... —dijo Víctor.

Los reunidos gritaron: "¡Aleluya!", y Víctor se unió a ellos.

Una vez más volvió a la iglesia para robar. Y robó. Pero nunca más lo hizo. Desde entonces unió su destino a ese grupo de fieles y a los preceptos que Larry González les compartió y que abrazaron con fe durante varias décadas.

Lo primero que Víctor abandonó fue la brillantina que se untaba en el cabello.

En ese Falcon 1970, Larry y Víctor recorrieron misiones por los valles de Texas y Nuevo México, y por una buena parte de la sierra de Chihuahua, predicando las buenas nuevas.

Cuando Larry murió era un anciano. Fue de un infarto. Simplemente no se levantó del catre que tenía, también, en un cuartito dentro de los terrenos de la iglesia de Zaragoza. Fue Víctor quien le cerró los ojos y dio gracias a Dios porque sólo Él sabe todas las cosas.

Moisés, hijo de Esperanza y Víctor, había nacido unos días antes de la muerte de Larry González, un hombre que cambiaría la vida de decenas de cristianos aun después de su muerte. 7

#### La visión

Tirada junto a la cama sin colchón de los Labrada, Magdalena lloró mientras trataba de limpiar sus pies sucios y maltrechos con un pedazo de papel de baño con el que antes se había secado las lágrimas. Vio esos pies pequeños con tristeza; los comparó con los de Ana, tan limpios, tan arreglados. Pasó su mano por las manchas en la piel, por su pecho, y clamó a Dios diciendo: "Señor, ¿por qué no me hiciste hombre? ¿Por qué me separas de tu Reino?".

Y cayó la tarde de ese día y luego la noche, y Magdalena no pudo ponerse de pie porque las fuerzas la habían abandonado. Se sentía débil, frágil, y lo estaba: no había probado alimento en muchas horas. Pensó en Liborio, en Ana, en Moisés. Cerró los ojos con fuerza, pidiendo a Dios que le regresara la vida a su amado, pero sabía que Moisés no resucitaría porque antes de pedir un milagro había dudado de él.

Le habría gustado despedirse de su prometido. Le habría gustado estar entre los que lo torturaron, lo vejaron. Le habría gustado ser ella quien jalara el gatillo de la pistola, o ahorcarlo, o ahogarlo, o quemarlo vivo. Magdalena no tenía tan claro de qué había muerto Moisés. Se lo habían explicado en la morgue pero ella

no comprendió, por la duda: cerró los oídos para no escuchar, porque no podía creer que ese cuerpo maltratado era el del hombre que amaba.

Y ahora le gustaría que todo fuera un sueño. Que los Labrada estuvieran allí, y ella con los Labrada. Que Moisés no hubiera muerto y ella nunca hubiera planeado robarse unos billetes que además no se llevó. Pensó en ir al cementerio municipal a llevarle flores, a sentarse en la tumba. Dejó que su mente imaginara que Moisés se levantaría y le diría: "Veme, tócame, estoy vivo y he vuelto".

Con fiebre y con debilidad, casi inconsciente, Magdalena tuvo una visión: He aquí que un hombre de voz dulce se le acercó y la tocó en el hombro y le dijo: "Despierta, porque tu hora ha llegado". Y Magdalena le contestó: "¿Qué quieres de mí, señor?", y la voz le respondió, diciendo: "Levántate y toma el dinero que está en el piso. Y harás con él un bulto lo suficientemente pesado como para que arrastre tu cuerpo por el río. Caminarás hasta Waterfill y cuando estés allí, buscarás el puente para arrojarte de él. Deberás lanzarte con el bulto atado a tu cuerpo, y dejarás que tu cuerpo sea arrastrado por las corrientes del Río Bravo, y el peso del bulto te llevará al fondo, en donde yo te espero. Esta es la voz de Dios, Magdalena, que te habla".

Entonces Magdalena despertó y dijo: "El Señor me ha hablado".

Moisés había desparecido dos días antes cuando sucedieron estos hechos: Que Ana Labrada se acercó a ella y le levantó la falda y le colocó bajo el calzón un rollo de billetes de cien dólares.

—Estos son tus primeros mil dólares —le dijo.

Magdalena, con los ojos como dos canicas, la miró y respondió: "Sí, son míos".

Ana le explicó que el negocio de Liborio no era negocio de mujeres, pero aun así, Magdalena le insistió, casi enfebrecida: "Quiero trabajar con ustedes en *eso otro*. Quiero ganar más, cargar una pistola. Quiero matar".

-¿Cómo que quieres matar? —respondió Ana, sorprendida.

—Quiero matar. Llévame contigo.

Ana se le quedó viendo con extrañeza y en eso apareció Liborio.

-Vámonos -ordenó.

Ana tomó un bulto con langostas y otras viandas. Salió de casa, detrás de él, pero llevaba consigo la frase de Magdalena: "Quiero matar". Pensó en decirle a Liborio, pero se contuvo porque sabía que él habría sospechado de la chamaca.

Magdalena, sola en la casa de los Labrada, se soltó llorando. Sabía que Ana y Liborio iban a donde se encontraba Moisés. "Dale fuerza, Señor", oró. "Haz que las langostas lo mantengan vivo, regrésamelo vivo".

Era de madrugada cuando, atendiendo aquella voz que escuchó entre visiones, Magdalena tomó una maleta que estaba en un closet y empezó a llenarla con los dólares que los Labrada abandonaron en su huida. Eran miles y miles. Quizás medio millón, un millón, no sabría decirlo, no los contó.

Aprovechando la oscuridad, arrastró aquel bulto hasta la avenida Américas, y allí tomó un camión hacia San Lorenzo, y luego otro que la condujo hasta Waterfill. Subir y bajar camiones no fue fácil para una mujer tan débil y tan pequeña. Pero la gente se apiadó de ella y le ayudó a llevar su carga.

Amanecía cuando Magdalena alcanzó a ver el bordo del río. Dos hombres se le acercaron y uno de ellos le dijo: "A dónde vas, niña, con ese bulto? Déjame ayudarte". Entre los dos llevaron la carga de Magdalena y ella recordó que no traía un lazo para atarse la maleta al cuello. ¿Tienen un lazo?, les preguntó. Ninguno de los dos traía. Magdalena les dijo que la esperaran y ellos le respondieron que sí. La muchacha caminó unos cien metros, a un puesto de revisión sobre el puente internacional, y los dos hombres se desparecieron de su vista llevándose, también, la maleta cargada de dólares.

Con toda calma, Magdalena regresó a donde los había dejado con su encargo y no los encontró. Volteó hacia el río y vio que los individuos llevaban su bulto con dificultad hacia la ribera. Llovía río arriba, en Nuevo México. La corriente era fuerte, aunque no tanto. Pero un remolino en el agua, que por esa zona se vuelven vórtices peligrosos y cada año matan a cientos de migrantes, los alcanzó. Nadaron desesperados y la maleta se les fue de las manos como un pez. Se hundió ante la vista de Magdalena y de los otros.

Los dos acompañantes cruzaron del otro lado, del lado texano. Merodeaban el bordo del río y buscaban con la mirada la maleta y a Magdalena, quien seguía todo desde el lado mexicano.

En minutos desistieron. Los dos hombres caminaron hacia el norte y se perdieron entre la maleza.

Magdalena caminó tres pasos y su vista se topó con la maleta. La tomó, otra vez, con ambas manos y empezó a arrastrarla. Una pareja que la observaba se le acercó, y la mujer le dijo: "Muchacha, no deberías tratar de cruzar con tanto equipaje. Mejor anda a casa, que tu familia te mande el bulto cuando estés del otro lado, ya establecida".

Magdalena los atendió. El hombre, regordete, con camisa a cuadros y de sombrero, le dijo:

—¿Traes dinero? Agarra un carro de sitio, no tomes el camión. ¿Traes dinero? ¿Ya comiste? ¿Estás enferma?

—No, señor —contestó ella.

Entonces el hombre se sacó un billete de veinte pesos y se lo extendió.

- —Ándale, muchacha —le dijo—, vete. No andes sola por estos rumbos.
  - —Sí, señor.
- —Te pueden asaltar, violar, ¿qué no sabes?

—Sí, señor.

Ya en casa, Magdalena se recostó sobre la maleta. Lloró y lloró, y al final se dijo: "Esa voz no era la voz de Dios. Era la voz del diablo".

Abrió el bulto. Vio los billetes: intactos. Ni siquiera húmedos.

Tomó entonces una bandeja con agua; se despojó de los zapatos y comenzó a lavarse los pies, pero desistió. Volvió a la maleta y tomó un billete de cien dólares.

"Mañana, muy temprano, iré al mercado a comprarme ropa. Ropa y flores para Moisés. No tengo por qué enterar a Dios de ese dinero. No voy a enterarlo ni a pedirle perdón. Este dinero es de Moisés... Y también es mío".

#### **FERNANDA**

Todo lo usaba, menos la sangre. "La sangre encierra el alma", decía, y la dejaba correr

## Ni indiscreta, ni malediciente

-: Regresa Eulalio, regresa! ¡Eulalio, se hace de noche! ¡Vuelve, vuelve! ¡Eulalio! —gritó su hermana mayor.

Pero Eulalio Labrada se había quebrado. Entornó los ojos hacia el Camino Real, y casi sin parpadeos emprendió su viaje.

Ni aunque fuera de madrugada, ni aunque estuviera nevando o cayeran cadáveres del cielo se habría detenido: iba tan decidido que salió de casa sin reparar en la chamarra, o en los zapatos.

Y nadie supo de él por unos buenos años. Acaso llegaron rumores de sus andadas, porque la gente en esas regiones de Chihuahua

se conoce muy bien entre sí aunque la sierra sea

tan grande.

Dicen que un día lo vieron caminando por las calles de Parral en pleno verano, descalzo; que pedía limosna y andaba en harapos. Dicen que trabajó de gambusino, pero esa versión, ¿quién se las va a creer? Ese muchacho sabía de comercio, y además, ;para qué emplearse si tenía herencia?

Dicen que estuvo preso. Y este rumor sí podría atenderse, aunque es sabido que la familia lo buscó y que escuchó cuantas versiones le dieron para dar con su paradero. Si hubiera caído preso habrían ido por él de inmediato para regresarlo a casa.

Mucho tiempo después de su partida fue que Eulalio volvió como los perros cuando se pierden: en silencio, con la cola entre las patas y en muy mal estado. Tenía padecimientos renales y desnutrición, dijo el médico que lo vio. Traía escoriaciones en la piel a causa de enfermedades que, en efecto, sólo les dan a los perros. Llegó también fuera de sus cabales.

Cómo lo lloró su hermana, una soltera que a su regreso ya rondaba los cincuenta. Cómo lo padeció. Y Eulalio ni siquiera se daba por enterado.

Unos días estaba en calma y otros se ponía tan loco que debían amarrarlo al pilar principal de la sala de la casa. Le daba por salir corriendo. Pobre Eulalio. Allí murió, en esa sala, amarrado al pilar. Como un animalito. Flaco, rabioso. Eso tenía: rabia. A veces la gritaba y otras veces, cuando estaba callado, la sacaba por los ojos nublados. Veía con los ojos nublados de la ira.

La tragedia de Eulalio comenzó por una herencia familiar, por el tesoro de varias vidas bien trabajadas en años en los que no era fácil hacerse del dinero, a diferencia de lo que sucede hoy.

Los Labrada tuvieron dos posadas y tierras, pero lo suyo era el comercio. Buenos para comprar y vender, y para hacer rendir la mercancía. Aun en los años más difíciles, cuando las cosas no estaban tan bien y cuando el comercio en el pueblo se iba al suelo, la madre de Eulalio se las ingeniaba para salir adelante.

En cualquier madrugada de esos años malos, la vieja cargaba el carro de mulas con sus hijos y se iba por el Camino Real, por las veredas. Amarraba dos becerros atrás y un par de marranos; subía cóconos, faisanes y gallinas vivos en jaulas de palos y se iba de rancho en rancho ofreciendo cuanto traía. Si querían los animales en pie, así se los entregaba. Si no, allí mismo improvisaba un matadero; sacaba ollas para calentar agua y les daba las aves peladas y sin vísceras, o los cerdos descuartizados. Si querían medio animal, también se los daba. Esa mujer era un roble y mañosa como arriero: atoraba la cabeza de los animales grandes en el hueco de una rueda del carro, y les daba muerte. Después vendía partes del animal, o manteca o chicharrones que preparaba a medio viaje entre rancherías. Todo lo usaba, menos la sangre. "La sangre encierra el alma", decía, y la dejaba correr.

Si llevaba leche, la vendía en los primeros uno o dos días. Si estaba muy gruesa, el zangoloteo de los jarrones separaba la mantequilla y esa la dejaba para un tercer día, o para darle a sus chiquillos en pan de miel.

La madre de Eulalio volvía a su casa una semana después, cansada de dormir en los caminos y de bregar con hijos, pero cargada de frutas y yerbas que recogía en el camino o que compraba a muy buen precio. Regresaba con un ahorro fuerte y lista para el siguiente viaje.

Y eso era sólo en esos días en los que las cosas no iban tan bien; cuando, por ejemplo, su esposo no se reportaba del norte. Eso pasó en los meses de la Gran Depresión en Estados Unidos. También durante la Gran Guerra, que después llamaron Primera Guerra Mundial porque se les atravesó otra que fue brutal, según se supo por la radio y por algunos periódicos. En esos tiempos, el padre de Eulalio dejó Chihuahua y se fue a trabajar al norte, como lo hicieron tantos otros en la región. A veces regresaba como se había ido: sin un centavo. Pero a la madre de Eulalio no se le cerraba el mundo. Con ese espíritu de lucha crecieron sus hijos.

Si las cosas marchaban bien, como sucedió durante años, todo rendía. La mujer se concentraba en el comercio y le sacaba chuletas al polvo. Hacía carne seca para los viajeros y para el invierno. Envasaba tomates, membrillos, cebollas de rabo, moras, zanahorias y hasta pepino. En tiempos de manzana, las vendía frescas y las que se iban quedando las secaba para hacer orejones. Hacía conservas de mermelada de manzana, y con las cortezas y los corazones preparaba vinagre, que las mujeres usaban para guardar la figura o para ciertos males, como el de los pulmones obstruidos o la nariz tapada; la inflamación de encías, la piel con escoriaciones

o los huesos débiles. La familia vendía kilos y kilos de carne fresca, pollo limpio, verduras, frutas y grano; toneladas de maíz y frijol salían de los graneros de los Labrada, porque llegaron a tener más de uno. En las posadas, en las que se hospedaban principalmente funcionarios de las minas, ingleses y norteamericanos, se cocinaba con lo que iba de sus propios comercios, de tal manera que el negocio era redondo. Los hijos de los Labrada fueron a la escuela de Parral y las hijas crecieron con institutrices, pegadas a la abuela, quien les enseñó secretos de la cocina, del negocio, y cuando crecieron, sin ser indiscreta o malediciente y sin atreverse demasiado, también les habló de los hombres.

Así fueron haciendo su fortuna familiar. Cuando menos pensaron, ya tenían un negocio cargado de bendiciones y un flujo de efectivo que empezó a causarles molestias por dos razones: porque no querían tenerlo en casa y porque los billetes no eran buena idea. Ya ven cómo les fue a los que guardaron los del gobierno de Francisco Villa.

El padre de Eulalio, Antonio Labrada, decidió resolverlo muy discretamente, cambiando sus billetes por monedas de oro que compraba a buen precio en el mercado de metales de Parral. Algo le ganaba al intercambio, porque el oro en una ciudad minera se consigue más barato.

Cada finales de mes, don Antonio salía al pueblo con cierta cantidad de billetes en un

carro de mulas, acompañado sólo por su hombre más cercano: Refugio Ramírez. Cuando llegaban a Parral procuraba llevar una lista de quehaceres para Refugio, como ir a comprar arroz, azúcar, sal, ocote, candela y sotol de marca. Él se iba a cambiar el circulante por monedas de oro en casa de un hombre de negocios al que conocía bien. Platicaban de política, se tomaban un trago y contaban billetes.

Don Antonio no tenía desconfianza de Refugio; lo sabía un individuo de enorme bondad, honesto y de entereza. Lo mandaba a hacer otras cosas para que no los vieran juntos; para pasar inadvertidos. No por desconfianza. Pensaba que si él se bajaba casi custodiado por un ayudante, algún bandolero de camino los ubicaría y los esperaría en las afueras para darles un golpe.

Después de que cada uno cumplía sus labores se encontraban y ya afuera del pueblo hacían un balance de la jornada. Entre los dos contaban las monedas y las separaban en bolsillas de piel. Arreglaban las compras para irlas repartiendo en diferentes puntos de regreso a casa. Sacaban sotol y dos vasitos de vidrio y se iban platicando, a paso de mula, las cosas de los comercios. Acordaban qué hacer en el mes, se reían, hablaban de los hijos.

Don Antonio Labrada quiso a Refugio Ramírez. Estuvo al tanto de él y de que en su casa, como en la de él, nunca faltara el vestido, la comida. Cuando se acercaban al pueblo, a Santa Bárbara, se ponían muy serios. Se repartían las bolsas de monedas de oro y las escondían en sus ropas. En ocasiones don Antonio se bajaba en alguna de las posadas, en las casas en el campo; a veces Refugio. Iban sembrando partes del ahorro en diferentes escondites para evitar un golpe de los ladrones. Si dan con algo, que no sea mucho, pensaban.

Así fue durante muchos años.

Hasta que la vejez en ambos empezó a estorbar.

## Duerme, don Refugio

Ya con los hijos crecidos y bien acomodados en las tareas de la empresa familiar, don Antonio Labrada enfermó. Aunque se opuso ("esperemos, esperemos a ver qué pasa; no es nada"), lo llevaron a una clínica de Parral. Allí le diagnosticaron un terrible mal que le había invadido hígado, riñones, estómago, páncreas. Le dieron unas semanas de vida.

Antonio Labrada sintió que había llegado su hora. Por eso mandó traer a su esposa.

—Mujer, llama a los muchachos —le dijo.

—¿Tan mal te sientes? —preguntó ella, espantada.

Don Antonio había preferido que no informaran a ella sobre sus males, pero era visible que estaba muy enfermo. Perdía peso a diario. De hecho, no lo habían dejado salir del hospital desde el día en que ingresó para hacerse la revisión.

—Quiero bendecirlos, mujer. Quiero también hablarles sobre los comercios, las fincas, las posadas. Que empiecen desde ahora a administrar. Quiero repartirles su herencia.

El viejo pidió a su mujer que llamara a Refugio Ramírez. Le contó que durante años,

él y don Cuco habían escondido el ahorro familiar en diferentes lugares y que sólo él y Refugio sabían en dónde.

—Dile que te lleve a sacar los guardados. Acompáñate sólo por él. Cuando reúnas todo el ahorro, busquen entre los dos un lugar seguro en dónde esconderlo. Y luego regresan a verme. Todo será repartido en los siguientes días de acuerdo a la instrucción que te dé.

La esposa de Antonio Labrada no hizo muchas preguntas. Siguió al pie de la letra la recomendación.

Ella y don Cuco Ramírez tardaron dos días en recorrer los escondites en los que se había repartido el ahorro familiar y fueron guardando todo en la casa principal.

Hoy se sabe que ni cuatro mulas habrían cargado con tanto oro.

Cuando juntaron y escondieron hasta la última moneda, descansaron. Juntaron a los hijos y les dijeron que su padre quería verlos.

—¿Está bien mi padre? ¿Pasa algo? —preguntó Eulalio Labrada, el menor de los hijos.

—Está bien. Sólo quiere darles la bendición, entregarles cargos en la empresa y repartirles el ahorro familiar, su herencia.

Los hijos quedaron mudos. Supieron de inmediato la seriedad del asunto.

La madre, fuerte, no hizo pausa para no permitir que el drama se apoderara de aquella reunión. Les ordenó que salieran de inmediato rumbo a Parral. Les pidió que tomaran dos autos que usaban con mucha discreción, y les informó que ella y Refugio viajarían al día siguiente en el tren, para alcanzarlos en el hospital con don Antonio.

Los muchachos así lo hicieron. Era de noche y salieron rumbo al hospital. Abrazaron fuerte a su madre y a Refugio, a quien llamaban "padrino" aunque no lo fuera, y sin más tomaron el Camino Real hacia Parral, Chihuahua.

Su madre se fue a dormir y pidió a Refugio que usara alguna de las recámaras de los hijos. Don Refugio preparó un té de hierba de limón que bebieron en silencio, y se despidieron.

Muy temprano, a las cinco de la mañana, los dos ya estaban listos para partir.

-Refugio, quédate -dijo ella.

—Hago lo que me ordene, señora, ¿pero por qué este cambio?

- —Tuve un sueño extraño. Quédate. No vayas conmigo a Parral. Quédate a cuidar el dinero.
- —Si usted me permite, quisiera acompañarla porque lleva días sin dormir. Quiero irme con usted y entregarle cuentas personalmente a don Antonio.
- —Tienes razón —le contestó. Y apurándose un café salieron al camino, a la estación de tren, y abordaron cuando el sol empezaba a lanzar dardos azules y anaranjados sobre el cielo serrano.

Iban juntos en un asiento doble. Escucharon el pitido del cambio de turno de la mina, que estaba a dos kilómetros de la estación. El cansancio le ganó a Refugio, avanzado en años, y se quedó dormido. Su cabeza se deslizó sobre el respaldo del asiento hasta que quedó recostado en el hombro de ella.

—Duerme, don Refugio —dijo en voz muy baja. Y ella misma cerró los ojos.

#### 3

### El ataúd vacío

Los hijos de Antonio Labrada estaban con él en el hospital cuando llegaron los primeros cuerpos. Venían de unos kilómetros adelante, del rumbo de Santa Bárbara.

—Hubo un accidente terrible. El tren chocó con otro cargado de combustóleo y carbón. Hay pocos sobrevivientes —explicó un enfermero a decenas de impacientes que se apretujaban en la sala de espera del hospital.

La escena era muy amarga. En dos ambulancias y en carros de mulas traían enfermos y muertos por igual. Muchos cuerpos ni siquiera quedaron reconocibles.

Don Refugio quedó muy maltrecho. La mitad del cuerpo fue arrancado de entre los fierros.

Como pudieron, los muchachos se tragaron el dolor y ocultaron la información a su padre, quien, ya muy enfermo, despertaba de cuando en cuando.

- —¿Dónde está su madre? ¿Por qué tarda tanto?
- —Ya viene, padre, ya viene —decía Eulalio, el hijo más apegado a los viejos.

-;Por qué no llega?

Es posible que el viejo Antonio presintiera algo, porque una semana después se despertó

de un largo coma, y vio que sus hijos lo rodeaban.

—¿Dónde está su madre? —preguntó. No hubo manera de ocultar la tragedia.

—Ha muerto, padre —respondió Eulalio con las lágrimas corridas hasta el cuello de la camisa.

El viejo cerró los ojos. Lloró en silencio y les pidió que se acercaran.

- —¿Murió camino a Parral? —preguntó sin abrir los ojos.
  - —Sí, padre —le respondió el menor.
  - -¿Venía con Refugio?
- —Venían juntos. Fue un accidente terrible. A mamá no la encontramos, padre. Sólo a Refugio.
  - -¿No la encontraron?
  - -No.
  - -¿A Refugio sí? ¿Están seguros?
  - —Sí.
  - -¿Muerto? ¿Estaba muerto?
  - —Sí, padre.

Don Antonio se incorporó como pudo. Los hijos le pusieron almohadas en la espalda y en la cabeza. El viejo se mantuvo con los ojos cerrados y una mano temblorosa en la frente. Habló:

—Hijos, prepárense para forjarse un futuro con sus propias manos. Divídanse las propiedades en partes iguales. No es mucho, pero será suficiente para que inicien una nueva vida. Manténganse unidos. Dios los bendiga. Sólo su

madre y Refugio supieron en dónde guardaron la herencia. Nadie más lo sabe. Dios los bendiga, Dios los bendiga...

Esas fueron las últimas palabras de don Antonio Labrada.

Don Antonio vivió sólo unas horas después de aquel encuentro con sus hijos. Murió de cáncer a la edad de setenta y dos años. Lo enterraron en Santa Bárbara y el cortejo fúnebre fue largo y triste. El pueblo acompañó a los Labrada hasta el cementerio, en donde hasta hoy se conserva un mausoleo con una placa que dice:

"Aquí yacen Don Antonio y Doña Fernanda Labrada. Junto a ellos descansa un amigo eterno: Don Refugio Ramírez. Vivieron un siglo difícil y supieron, por la obra de Dios, ganarse la gloria".

El ataúd de Fernanda Labrada, madre de Eulalio, fue enterrado sin cuerpo.

Los de la funeraria lo llenaron con restos humanos de otros muchos que murieron calcinados en aquel accidente de tren.

Unos cuantos meses después fue que Eulalio Labrada, el menor de los hijos, perdió la razón. Dicen que fue buscando la fortuna, pero nadie podría saberlo a ciencia cierta.

#### El abismo

Por esos días, Eulalio pensaba que se iba a quebrar. Hacía esfuerzos por mantenerse firme, con la mente despejada. Sabía que cualquier desequilibrio, por más leve que fuera, lo podía llevar más abajo del suelo. Por eso evitaba los pisos disparejos; por eso le daba la vuelta a los árboles si escuchaba un trueno.

Una manera de mantenerse alerta era alejándose del alcohol. En eso iba bien. Otra era atendiendo a los demás. Desde la muerte de sus padres, había optado por un caballo y varios burros de carga para recorrer las propiedades familiares. Pues atendía al caballo. Le preguntaba en voz alta si tenía sed o hambre. En las posadas, en los hoteles, en los graneros, en las rancherías o en el pueblo fijaba la vista en las personas que reparaban en él para que no lo sintieran distraído, o para responderles con amabilidad. Eso lo serenaba, le despejaba la cabeza. "Pase, por favor". "Estoy para servirle". "Con todo gusto". "Dígame usted". "¿Cómo está su familia?". "¿Cómo pasó las fiestas?". "Le escucho". "Quedo de usted". Eulalio estaba muy consciente de que se podía quebrar y que cualquier descuido lo llevaría a un abismo.

También cantaba. Cantaba mucho en el camino, en las veredas. Cantaba de todo. De noche se concentraba en los rostros de sus hermanos antes de dormir. Creaba, incluso, diálogos con ellos. Evitaba pensar. Se encerraba en sí mismo e inventaba largas pláticas con su hermano Liborio, al que vivió muy pegado.

Liborio Labrada era mayor que él. Era un hombre casado, muy formal, muy cabal, que a los treinta años ya peinaba canas. Tenía un hijo de dos años al que llamó como él: Liborio Labrada. Buen niño, ese Liborio. Demasiado tímido, quizás. Eulalio quería a su hermano como a un padre y al chiquillo como a un hijo. Pero le faltaban sus viejos. Se sentía perdido sin ellos, inestable. Más aún porque tenían extraviada la herencia familiar.

Y no es que le importara tanto el dinero; es que perder esa fortuna le hacía sentir que no tenía pasado. Que una vida de trabajo, su vida y la de su familia, se había ido a la tiznada. Y en los hechos así era. Eulalio estaba obsesionado, entonces, con encontrar la herencia extraviada y eso lo tenía bastante ocupado. Ahora, después de meses de búsqueda, se sentía vencido. Y sentía también que cualquier desequilibrio lo podía quebrar.

—Eulalio, deja ese dinero por la paz. Date por vencido. Llevas meses sin dormir, muchacho. Pierdes kilos cada semana. Eulalio, regresa a tu vida, vamos a estar bien —le decía su hermana mayor, quien había asumido en gran

parte las tareas de la madre pero no era, definitivamente, su madre.

Poco podían hacer por él. Eulalio el necio, Eulalio el terco. Los hermanos no hicieron sino hacerse a un lado, y dejarlo en su obstinación.

Eulalio lleva dos días comportándose como un caballerito. Eulalio se despierta temprano, sale al jardín y se sienta en la fosa de un árbol. Eulalio se hace un cigarro de tabaco y hoja de maíz y luego esparce granos distintos a los pájaros.

La familia está feliz. Es la primera vez que lo hace desde que regresó. Su hermana le acerca una taza de café y Eulalio agradece con los ojos. Pesa apenas cuarenta y cinco kilos y no tiene nalgas. Pero Eulalio ha decidido, esos dos días, acicalarse las barbas largas y el cabello. Incluso hace como que se ha bañado.

Eulalio Labrada está contento, aunque no habla.

A la muerte de su padre, Eulalio empezó a registrar cada centímetro de las propiedades en busca de los ahorros. Inició en la casa familiar. Fue a los roperos, imaginó fondos dobles en las paredes, detrás de los espejos; desarmó un piano, movió muebles, levantó pisos de madera y de losa; abrió fosas sépticas y baños y escarbó en ellos. Nada. Y sus hermanos lo

observaban, preocupados, en silencio. Más de una vez se le sugirió algo; como en esa ocasión en la que el pequeño Liborio cayó a una zanja cavada por Eulalio en el jardín, y su hermano le preguntó si había reparado en que las flores y las hortalizas de la madre muerta habían desaparecido y que en su lugar quedaba un campo minado.

- —Eulalio, ¿qué no has notado que la casa de nuestros padres está casi en ruinas? Estás destruyendo todo, Eulalio. Todo. Liborio cayó en una de tus zanjas, Eulalio. ¿Cuándo vas a parar? —le dijo su hermano—. Pronto. Tengo pistas, hermano. No podemos perder ese dinero.
- —Déjalo, hombre. Dedícate un tiempo a otra cosa y luego regresas a buscar. Deja esto por la paz. Estás empezando a preocupar a tus hermanas.
- —Lo sé. Estoy seguro de que no ando tan lejos.

En el tercer día, Eulalio dijo algo. Se detuvo frente a un espejo y sin mirar a Liborio le dijo: "El jal de la mina te va a matar". Liborio ya trabajaba en las minas. Organizaba, también, un sindicato. "El jal de la mina te va a matar", dijo. Y nunca más volvió a decir otras palabras.

Los hermanos lo tomaron como un avance. Pensaban que iba a sanar.

En la mañana del cuarto día su hermana mayor descubrió que Eulalio había ahogado pájaros en las garrafas de leche bronca. O los había matado antes y los había depositado allí.

Con todo el dolor de su corazón, tuvieron que amarrarlo.

Después de los daños que hizo en la casa de sus padres, Eulalio desapareció parte de un granero y un buen tramo del techo en la terraza. Y estaba empezando; de allí brincó a las otras propiedades y con paciencia escarbó durante meses en busca del ahorro escondido por su madre y por el mayordomo Refugio Ramírez horas antes de morir en un trenazo.

Y un buen día Eulalio dijo: No más.

Despertó con la cabeza despejada, firme, fuerte, estable. Se encontraba hospedado en un hotel de Parral, Chihuahua; pagó, caminó unas cuantas cuadras para recoger el caballo y unas mulas en una pensión y se dirigió a la casa familiar en Santa Bárbara. No silbó en el camino, no cantó. No inventó diálogos con sus hermanos.

Llegó a casa y notó la destrucción que había causado con la búsqueda de la fortuna familiar. Amarró los animales y entró.

- —Hermana —dijo—, hasta aquí llegué. No más búsqueda. No más escarbar. Retomo mis tareas mañana mismo.
- —Alabado sea Dios, Eulalio. Ya nos habías preocupado.

Eulalio cortó un pedazo de pan y lo untó de queso y cajeta de membrillo, y eso fue lo que cenó.

#### 5

#### Génesis

Estas son las generaciones de Antonio, quien tomó a su mujer Fernanda de Santa Bárbara, Chihuahua.

Fernanda dio a luz a su primogénita Sara, y a sus hijos Liborio, Raquel y Eulalio.

Y ninguna de sus hijas conoció hombre, y Eulalio no desposó mujer. Liborio conoció a una hija de Parral, Chihuahua, y con ella tuvo a Liborio, el primogénito; a Raúl y a Amado. Pero Dios no bendijo con descendencia a ninguno de los tres.

Liborio, el primogénito, murió a la edad de cincuenta años.

Y como Antonio era un hombre de haciendas, tuvo por caporal durante gran parte de su vida a Refugio. Su abuelo, Antonio, falleció a la edad de setenta y dos años.

Estas son las generaciones de Refugio, quien tomó mujer en Santa Bárbara, Chihuahua. Refugio tuvo dos varones y a una mujer: Antonio, Javier y Mercedes.

Refugio llamó Antonio a su primogénito en honor a su amigo y patrón del mismo nombre.

Era Refugio un hombre de setenta y cinco años cuando murió. Y Antonio tuvo cuatro hijos varones. Al mayor lo llamó Refugio en honor a su padre.

Refugio conoció a su mujer en Ciudad Juárez y no tuvo varón. Murió a la edad de sesenta y cinco años.

6

## Nadie supo de Eulalio por unos buenos años

Muerto don Refugio Ramírez, sus hijos Antonio, Javier y Mercedes decidieron quedarse a vivir con la familia Labrada.

Antonio tenía dos hijos. Al mayor le había puesto Refugio, como su padre.

A ellos les había afectado, tanto como a los hijos de Fernanda y Antonio, la muerte de los viejos. También estaban muy conmovidos por la pérdida de los ahorros de la familia; conocían que Eulalio Labrada había emprendido una búsqueda exhaustiva de la fortuna y como sus hermanos, pensaban que debía parar. Pero no se metían.

En silencio, sin hacerse notar —esa discreción la habían heredado del viejo don Cuco—, después del luto regresaron a sus tareas en las haciendas y procuraron no opinar. Fueron testigos del reparto de bienes entre los hijos y no se involucraron. Siguieron con sus vidas.

Cuando Eulalio Labrada renunció a la búsqueda de la fortuna, el mayor de ellos, Antonio, se le acercó esa misma noche y lo abrazó con fuerza. Le dijo: "Qué bueno que estás de regreso con nosotros. Aquí te necesitamos".

Eulalio embarraba de cajeta una rebanada de pan. No lo volteó a ver ni le abrió los brazos. Sólo dijo: —Ustedes no sabrán, seguramente, en dónde quedó la fortuna de mis padres, ¿verdad?

Antonio se ofendió profundamente y no dijo palabra. Fue a su casa y platicó con sus hermanos. Y esa misma noche decidieron irse de las haciendas. No era una idea nueva, sin embargo. Habían planeado probar suerte en la frontera, en Ciudad Juárez. La ofensa de Eulalio tampoco fue un pretexto. Realmente sí sintieron que debían tomar un camino distinto al de los Labrada.

Entonces esa misma noche empacaron sus pertenencias, que eran pocas. Antonio, quien llevaba el nombre del viejo Labrada, se acercó a la casa grande poco antes del amanecer y anunció a Sara, la mayor, lo que habían decidido.

Sara sintió profundamente su partida, pero ese sentimiento era pequeño, en tal momento, frente a la alegría que sentía por el regreso de Eulalio a las actividades de la familia.

Los Labrada vieron desde la ventana a los Ramírez partir, y todos lo lamentaron, menos Eulalio, quien no tuvo para ellos ni una última mirada de despedida.

Los cuatro hermanos, dos hombres y dos mujeres, se sentaron a la mesa y siguieron el desayuno.

Eulalio dedicó todo ese día a restaurar el techo de la terraza, que él mismo había destruido mientras buscaba los ahorros de la familia. Liborio y Sara fueron a Parral a cobrar cuentas pendientes, porque a la muerte de sus padres muchos acreedores se les acercaron tratando de tomar ventaja en la tragedia.

Al final de la tarde, con sus hermanos de regreso, Eulalio se lavó el cuerpo junto al pozo de agua. Se secaba cuando notó que las mulas y el caballo con los que había llegado la noche anterior se comían la hortaliza. ¿Quién soltó a los animales?, pensó.

Notó que el bebedero estaba volcado. Era un bebedero hecho con un tronco grueso y sólido.

Sucedió que por la noche, las bestias de carga se habían asustado y se liberaron de las sogas a jalones. Con el esfuerzo habían volcado el bebedero. Andaban sueltos desde muy temprano.

Eulalio se acercó y notó que debajo del bebedero había un hueco enorme. Era el escondite en el que su madre y don Cuco habían escondido la herencia.

Pero la fortuna ya no estaba allí.

Hasta ese bebedero llegaban con regularidad los arrieros y los comerciantes que iban por el camino. Algunos creen que el tesoro familiar fue sustraído por ellos. Eulalio pensó, de inmediato, que los Ramírez se lo habían llevado.

—Voy por ellos —dijo. Se había quebrado. Entornó los ojos hacia en el Camino Real, y casi sin parpadeos emprendió su viaje. —¡Regresa Eulalio, regresa! ¡Eulalio, se hace de noche! ¡Vuelve, vuelve! ¡Eulalio! —le gritó su hermana mayor.

Ni aunque fuera de madrugada, ni aunque estuviera nevando o cayeran cadáveres del cielo se habría detenido.

Nadie supo de Eulalio por unos buenos años.

### 7

### Perras negras

¿Aquella casa le recordaba a Liborio Labrada? No, claro que no. ¿Por qué habría de recordarle a ese pinche ranchero? Si las botas que traía puestas venían seguramente de otro muertito, y a ése no lo recordaba. O las veinte cajas de whisky que tenía en el sótano, o toda la cristalería, o la cuenta bancaria, o la vajilla o los trajes para las fiestas de quién sabe qué marca.

Entonces esa casa no podía recordarle a Labrada, pensaba el ex comandante Refugio Ramírez.

Sí recordaba, por ejemplo, que Daniel "El Diamante" Poggio se había casado con la Señorita Juárez, Liliana Camacho. Sí recordaba que se paseaba con ella, muy orondo, en su Mustang 1967 con chapa de oro en los interiores.

"Qué pinche putito", pensó. Y le cayó encima.

De allí venían las palmeras que tenía en el patio de su casa de El Paso, pero las palmeras no le recordaban a "El Diamante". ¿Por qué, entonces, habría de recordar a Liborio Labrada por esa casa?, se decía.

A Poggio le costó cada palmera diez mil dólares y el ex comandante lo sabía porque así se lo dijo el malandro en una borrachera en la que le veía las nalgas a Liliana Camacho, discretamente.

—¿Sabe cuánto pagué por ellas? Diez mil. Son veinte palmeras de a diez mil cada una.

-¿Diez mil pesos? ¿Estás loco?

—Dólares. Diez mil dólares, don Cuco. Me las trajeron de Hawaii. ¿Quiere unas?

—¿Para qué quiero palmeras de diez mil dólares? Además las palmeras no son de este desierto. Aquí no te van a durar.

Sí duraron, pero no en casa de Poggio.

"Puto engreído". Se lo chingó. Fueron por él y le quitaron la casa, le manosearon a la mujer, lo metieron a la cárcel y ese mismo día don Cuco ordenó que sacaran las palmeras y se les llevaran a su casa de El Paso, la que había sido de Liborio Ladraba pero que no le recordaba a él, estaba seguro.

—Qué pasó, don Cuco, en qué quedamos —recuerda que le reclamó don Sera, el jefe Sera.

—Llegó la orden desde México, don Sera. Ya no soportaban a ese pinche Poggio. Pura placa por todas partes, pinche presumido. No pude ni avisarle, don Sera. Me dijeron que al bote y pues al bote, don Sera. Pero le tengo las escrituras de la casa de Poggio y un Mustang 1967 todo original y con chapa. A la puerta, don Sera, para los muchachos. Para sus nietos. Aquí está.

—Ah, don Cuco —le respondió don Sera, y tomó los regalos con gusto.

No se puede estar bajo el sol todo el día. Tampoco se puede vivir encerrado. Don Cuco instalaba una silla de jardín en el patio frontal y encendía los rociadores de agua para oler el zacate verde y fresco, para sentir la brisa artificial.

En su retiro, el ex comandante se dedicaba a cuidar a sus dos nietos y a husmear a los vecinos.

A su derecha estaba una familia formada por puras mujeres. La madre tenía unos setenta años; vivía con cuatro hijas de treinta para arriba. Se mantenían encerradas y casi no cruzaban palabra con nadie. Salían al supermercado juntas, iban al cine juntas, regaban las plantas juntas. No permitían a nadie en sus vidas. Don Cuco notó que dos de las hijas tenían alguna deficiencia mental. Las menores. Caminaban enjutas y con las manos a la altura del pecho, como resguardándose los senos.

A su izquierda vivía un empleado del servicio postal estadounidense. Un hombre serio, formal, que salía todas las mañanas a correr y por las noches hacía ejercicio en un aparato que había instalado en el garaje. La esposa vestía siempre de beige, con pantalones beige y hasta blusas beige, como modelo en catálogo de JC Penney o de Sears. Metía la punta de los dedos en las bolsas del pantalón discretamente cuando platicaba o cuando se paraba en el jardín, como si fuera un maniquí.

Enfrente vivían dos juarenses. Don Cuco se decía: "Esos cabrones *la están moviendo*". Llegaban por la noche y se iban muy temprano. No, no *movían* droga. Eran una pareja gay, ingenieros de maquiladora.

También enfrente, notó el ex jefe policiaco, vivía una mujer madura de buen ver. Una mañana la abordó pero no pudieron platicar: ella hablaba sólo inglés y él únicamente español. No se entendieron un carajo, aunque se gustaron. Don Cuco, apenado porque no hablaba el idioma del país en el que ahora vivía, sólo la saludaba y ella le correspondía con un mismo saludo. Nunca más se le acercó. "Pinche gringa", pensaba, "qué buenas nalgas tiene".

Un día estaba don Cuco sentado en su silla de jardín cuando le marcaron a la casa. Era el Zurdo, ahora comandante policiaco en Ciudad Juárez.

—Don Cuco... —le dijo con voz oscura, seria, sombría.

Don Cuco entendió el tono de la voz.

- —¿Pasa algo?
- —Estoy aquí con unos amigos que dicen que usted tiene deudas pendientes y que debe pagar.
  - —¿Deudas? Pásamelos.
- —No van a hablar con usted. Quieren que venga, que le dé una dirección.
- —Zurdo, déme la dirección. De una vez le digo que no voy a ir. Se lo van a chingar, Zurdo. Lo van a matar y quieren matarme a mí también.

- —Lo sé. Escriba —dijo el Zurdo, y le dictó una dirección.
- —Voy a dar parte a los compas en Juárez para que intenten rescatarlo.
  - —Sí.
  - —Cuídese, Zurdo. No se me quiebre...
  - —Sí.
  - —;Es gente de los Labrada?
  - —Sí.

Colgó. O lo obligaron a colgar. Don Cuco había escrito la dirección en la envoltura de un chocolate. Un Max. Involuntariamente, en un cambio de manos, el ex comandante borró todo lo que había anotado: el aceite en la envoltura no retuvo la tinta del marcador.

—¡Puta madre! —dijo, y salió corriendo hacia la casa con el teléfono inalámbrico en la mano.

Cuando llegó a la puerta, volteó instintivamente al jardín. Sintió que lo observaban. Se regresó y vio que todo estaba en orden. La calle estaba en paz; no había, tampoco, autos extraordinarios, distintos a los de todos los días. Sus dos nietas, de cuatro y cinco años, jugaban con sus dos perras, una dóberman hermosas, negras.

Las dos perras observaban a don Cuco. Jadeaban por el calor. Los niños se les colgaban en el pecho, les jalaban las orejas.

Don Cuco entró a su casa e hizo una llamada al segundo comandante, al subordinado del Zurdo. —¡Vayan por él! ¡Búsquenlo! ¡Lo tiene la gente de los Labrada!

—Ajá —dijo el segundo comandante.

El ex comandante entendió que la suerte del Zurdo estaba echada, y que el segundo comandante era parte del plan. Recordó que además de Liborio y Raúl, había un tercer hermano Labrada. Amado Labrada. Pensó que quizás éste estaba cobrándose la muerte de los otros dos.

Fue a la cochera y encendió el auto. "No estoy seguro aquí", se dijo, y pensó en llevarse a las nietas. Salió al patio para recogerlas y mientras, elaboraba mentalmente un plan. Las llamó pero no le contestaron. Luego llamó a las perras. Tampoco.

Caminó a toda prisa al costado de la casa, al pasillo en el que estaban los depósitos de basura. Notó que las dos perras negras habían tirado los botes y devoraban restos de carne y huesos. Las espantó con el ruido y caminó de regreso a casa. Se detuvo en la puerta. Se regresó. Las dos perras daban enormes mordidas a la carne en el suelo.

Don Cuco tomó una escoba que estaba recargada en la pared. Quitó a las perras. Movió los botes y vio: Era una de sus nietas. Estaba muerta, completamente destazada.

Era Refugio Ramírez un hombre de más de sesenta años.

A la otra niña la encontraron una hora después los agentes de la policía de El Paso,

Texas. También estaba muerta, pero por intoxicación de monóxido de carbono.

Cuando las perras atacaron a la más pequeña, asustada salió corriendo hasta el garaje y accionó la puerta metálica automática. La puerta se cerró. El auto estaba encendido. Murió como un pajarito: primero le dio sueño, después vomitó. Murió en sólo cuarenta minutos.

Después de hablar con la policía, en un descuido de los demás, don Cuco salió de su casa y se echó a andar. Caminó, y caminó, hasta llegar a un hotel en el centro de El Paso. "Esperanza's Hotel", se leía en la entrada.

Se sentó en la barra y pidió una cerveza. Se la dieron. Una de las dos muchachas que lo atendieron notó que sólo traía un zapato.

—Déjalo —dijo a la otra—. Debe ser huésped.

En eso apareció Liborio y se paró a sus espaldas. Luego sintió la llegada de Raúl. Don Cuco los vio sentarse a su lado.

—Estás pagando por tus pecados —le dijo Liborio Labrada.

Pero Cuco Ramírez no se atrevió a voltear. Lo miró de reojo.

Los dos hermanos Labrada se sentaron junto a él, en la barra, y un banco mediaba entre ellos.



# «Los rostros te dejan algo y no los puedes olvidar, porque todos los muertos tienen una misma sonrisa.»

Una mujer ama a un patán, y el patán no puede decirle que la ama. Otra mujer aprende a no contarle a Dios todos sus pecados. Una más muere durante el parto porque su esposo ha decidido que llevarla a un hospital no le agradaría al Creador. Como fondo, la raya fronteriza y un pueblo sin esperanza, donde llueve una vez al año sólo para exponer la miseria; para mostrarla, ante todos, como una gran vergüenza.

Esta novela está habitada por vivos y muertos. Sus destinos se entrelazan, impulsados lo mismo por historias de amor más allá de la muerte que de venganza hasta las últimas consecuencias. Aquí todos la pagan: los que deben mucho, los que deben poco y los que nada deben; aquí zumban las balas, fluye la sangre, gobierna la codicia.

A ritmo de *western*, el autor nos lleva a un mundo donde no hay recompensas, pero es posible descubrir pequeñas gotas de generosidad.

